OSWALD WIRTH

EL IDEAL INICIÁTICO

INTRODUCCION

En todo tiempo hemos visto falsos profetas perorar en tono doctoral y con absoluta buena fe sobre lo que pensaban saber. Antiguamente les inspiraba la religión y en su creencia de poseer la Verdad, gracias a la ilusión venían a revelarnos lo que debíamos creer, dándonos *precisiones* respecto a la divinidad, a los ángeles y a los demonios.

En nuestros tiempos, acostumbran dárselas de *Iniciados* instruidos en los supremos misterios que permanecen velados a la penetración de la generalidad de los hombres. La Iniciación da de tal suerte pretexto a ciertas enseñanzas equívocas, pero no siempre inofensivas, sobre todo cuando la investigación de conocimientos anormales conduce al desequilibrio de los individuos.

En presencia de tan gran número de malsanas elucubraciones que preconizan el desarrollo de un estado alucinatorio considerado equivocadamente como conquista de un privilegio iniciático, no está por demás formular los principios de la sana y verdadera iniciación tradicional.

Es lo que hemos intentado en una serie de artículos publicados en “Le Symbolisme” desde enero de 1922, artículos que hemos reunido en este opúsculo para mayor comodidad del lector.

No tenemos, desde luego, la pretensión de haber dilucidado enteramente la cuestión, pero el camino que señalamos es el verdadero y todos los documentos iniciáticos concuerdan sobre este punto.

La pista en verdad queda tan sólo trazada ligeramente; algunas veces llega a perderse y es preciso sepamos encontrarla otra vez, haciendo uso de nuestra sagacidad para orientarnos. La Iniciación, en efecto, debe poner en obra nuestra propia iniciativa sin imponerse jamás; hay que descubrirla y violentarla si queremos poseerla.

No espere, pues, el lector encontrar en esas páginas un tratado metódico. La Iniciación debe adivinarse, y su autor sinceramente iniciático, no puede hacer otra cosa que ayudar a descubrirla.

CAPITULO I

LA INICIACIÓN MASÓNICA

La Francmasonería es una institución moderna en cuanto a su organización, que no remonta más allá del año 1717, fecha de la constitución en Londres de la Gran Logia madre, de la que derivan más o menos directamente todas las federaciones masónicas del mundo.

Lo que entonces nació fue una confraternidad que se afirmaba como universal y que debía quedar abierta a todos los hombres de reconocida moralidad, sin distinción de religión, de opiniones políticas, de nacionalidad, de raza ni de posición social. Esta asociación tenía por finalidad lograr que sus adheridos se quisieran a pesar de todo cuanto podía diferenciarlos. Su deber era estimularse mutuamente y esforzarse en comprenderse, aunque los distanciara su manera de pensar o de expresarse.

Alegóricamente, la Francmasonería aspiraba a remediar la confusión de los idiomas que dispersó a los constructores de la Torre de Babel. Su objeto era formar *Masones* capaces de entenderse de un polo a otro, para juntos edificar un templo único en donde vendrían a fraternizar los sabios de todas las naciones. Este edificio no se inspira en modo alguno en el humano capricho: no es una Torre destinada a desafiar el cielo en su orgullo, sino un santuario cuyo plano concibió el *Gran Arquitecto del Universo.*

La Francmasonería tiene buen cuidado de no definir el Gran Arquitecto, dejando toda latitud a sus adeptos para que se hagan del mismo una idea de acuerdo con su fe o con su filosofía. Los Francmasones abandonan la teología a los teólogos, cuyos dogmas levantan apasionadas discusiones cuando no conducen a las guerras o a persecuciones inicuas.

Al dogmatismo rígido e intransigente, la tradición masónica opone un conjunto de símbolos coordinados lógicamente, de manera de explicarse unos por otros. Los espíritus reflexivos se encuentran, de tal suerte, solicitados a descubrir por sí mismos los misterios a que alude el simbolismo. Algunas someras indicaciones le marcarán la senda a seguir, pero no se comunica al neófito más que la primera letra de la palabra sagrada: debe saber por sí mismo adivinar la segunda; su instructor le revela luego la tercera, a fin de que pueda encontrar la cuarta, y así sucesivamente.

Este método es muy viejo. Su propósito es formar pensadores independientes deseosos de llegar por su propio esfuerzo a discernir la verdad. Nada se les inculca ni se les pide acto de fe alguno, respecto a cualquier revelación sobrenatural; del lejano pasado en donde tiene fijas sus raíces espirituales, la Francmasonería no ha heredado creencias determinadas ni doctrinas concretas y sí solamente sus procedimientos de sana y leal investigación de la Verdad.

Por lo tanto, el pedir la admisión en la Francmasonería, no puede ser cuestión de esperar la comunicación de estos hechos misteriosos que tanto intrigan a los aficionados a la ciencia oculta. Los Francmasones se interesan individualmente en todos los conocimientos humanos y pueden ser, si llega el caso y según les plazca, ocultistas, teósofos, metapsíquicos, etc., pero la Francmasonería se abstiene en absoluto de enseñar nada en cualquier orden de ideas. No tiene por misión resolver los enigmas que se presenten a la mente humana y no se declara a favor de ninguna de las teorías explicativas de los hechos sensoriales. Indiferente a toda suposición arriesgada, se coloca por encima de los sistemas cosmogónicos formulados ora por las religiones, ora por las escuelas de filosofía.

Lo que preconiza, es este prudente positivismo que toma por punto de partida en todas las cosas, lo comprobable. En el curso de sus viajes simbólicos, el neófito sale siempre del occidente en donde se levanta la fachada de la objetividad, o sea la fantasmagoría de las apariencias que perturban nuestros órganos. Todo concluye aquí para el materialista que cree inútil buscar algo más.

Pero muy distinta es la convicción de los espíritus propensos a la meditación: se niegan a atenerse al aspecto superficial de las cosas y su ambición es profundizarlo todo. Para estos aspirantes a la Iniciación, todo cuanto afecta nuestros sentidos constituye un enigma que podemos descifrar. Buscan el significado del espectáculo que les ofrece el mundo y se lanzan en suposiciones por demás arriesgadas. Al penetrar de esta manera en la tenebrosa selva de las quimeras con tanta complacencia, descrita en las novelas caballerescas, el pensador se ve obligado a combatir todos los monstruos de su propia imaginación. Ha de abrirse paso a través de la inextricable maraña de las concepciones mal venidas, para alcanzar penosamente el Oriente de donde brota la luz.

Por otra parte, al salir de las tinieblas de la noche, la luz matutina le deja discernir solamente lo absurdo de las teorías preconizadas para explicar lo inexplicable; convencido de su impotencia para penetrar el misterio de las cosas, emprende el regreso hacia Occidente siguiendo ahora la ruta del mediodía.

No es ya un sendero sembrado de obstáculos, apenas marcado en las espesuras de la selva del norte: llena de rocas y falta en absoluto de vegetación, la región sud no brinda el menor abrigo al peregrino que avanza bajo los ardientes rayos de un sol implacable. Una luz cruda ilumina los objetos que encuentra a su paso y que ve tal como son, sin que pueda formarse ninguna ilusión respecto a ellos.

Llegado otra vez al Occidente, juzga entonces de diferente manera lo que afecta a sus sentidos. El eterno enigma le parece menos impenetrable, pero más punzante aún. Irritado, no puede permanecer por largo tiempo en estado contemplativo: su espíritu trabaja y otra vez le tenemos entregado a las conjeturas, pero ya media una prudente desconfianza y las extravagancias del principio se han trocado en hipótesis más sólidas.

Vuelve a empezar el periplo que sigue indefinidamente, siempre en el mismo sentido, partiendo de Occidente en dirección al Norte, para regresar luego de Oriente por la vía del Mediodía. Cada vez resulta menos áspero el camino por más que abunden los obstáculos: hay que trepar por unas montañas, transitar por llanuras llenas de peligros, cruzar ríos de impetuosa corriente, explorar desiertos abrasadores y sondear abismos volcánicos. Tales son las pruebas que hay que soportar, no simbólicamente ni en imaginación, sino en su verdadero significado, o sea “en espíritu y en verdad”, con el objeto de que la venda de nuestra ignorancia vaya adelgazándose para caer por fin de nuestros ojos cuando termina nuestra purificación mental.

Luego se tratará de alcanzar la luz entrevista y viajar con este propósito, imitando al sol en su aparente revolución diaria.

Tal es el proceso tradicional de la iniciación masónica; es la enseñanza por el silencio: nada de palabras que puedan faltar a la verdad, sino solamente actos cuya finalidad es invitarnos a la investigación. No encontramos aquí una doctrina explícita, sino únicamente un ritual por medio del cual vivimos lo que debemos aprender. Ningún dogma y solamente unos símbolos.

No es éste un método al alcance de las muchedumbres que piden soluciones hechas y siguen gustosas a quien las engaña, por cierto de buena fe en la mayoría de los casos.

La característica de la iniciación, de la *verdadera,* es su absoluta sinceridad: no engañar a nadie, he aquí su constante y principal preocupación. Por eso mismo resulta amarga y desilusionante. Quien la posee comprende que no sabe nada; el sabio observa un silencio molesto y se guarda de erigirse en pontífice. Si el Iniciado pide la luz es tan sólo para poder cumplir mejor con la tarea que le incumba y, rechazando toda la curiosidad indiscreta, no pierde el tiempo en querer profundizar misterios por su propia naturaleza insondables.

Empezando siempre por lo conocido (Occidente), se va instruyendo sin precipitación y no teme examinar de nuevo lo que le ha parecido cierto. Asimismo, se resiste a perderse en estériles especulaciones y acepta únicamente las que tienen como finalidad la acción. El trabajo es, a su modo de ver, la justificación de su propia existencia. La función crea el órgano y no somos más que instrumentos constituidos en vista de una tarea que debemos cumplir.

Apliquemos, pues, toda nuestra inteligencia en discernir lo que de nosotros se espera y esforcémonos en trabajar bien. *Trabajar bien es vivir bien,* y vivir bien es, sin duda alguna, un ideal que nos propone la vida. Se trata de aprender la teoría para luego ejercitarnos en la práctica del *Arte de vivir;* he aquí el objetivo esencial de la iniciación masónica.

* * * * * * * * * * * *

CAPITULO II

LAS OBLIGACIONES DEL INICIADO

Al animal le basta dejarse vivir y obedecer los impulsos de su naturaleza. Sus determinaciones son automáticas sin necesidad de deliberar sobre sus actos. El mismo estado de ignorancia se encuentra también en el niño no despierto aún a la conciencia que le permitirá discernir el bien y el mal. Con el discernimiento nace la responsabilidad y ésta nos impone ciertos deberes. Estos a su vez van tomando más y más incremento a medida que nuestra inteligencia se desarrolla: quien comprende más perfectamente viene obligado a conducirse de diferente manera que el bruto dotado sólo del instinto.

Ahora bien: el Iniciado pretende penetrar ciertos misterios que escapan al vulgo; su comprensión abarca mucho más y le es, por lo tanto, necesario someterse a ciertas obligaciones menos indispensables para el común de los mortales. Para lograr la Iniciación debemos conocer estas obligaciones especiales y comprometernos por adelantado a conformarnos escrupulosamente con las mismas ¿Cuáles son, pues?

En primer lugar, se exige de todo candidato a la Iniciación la estricta observancia de la ley moral. Hay que entender por esto que el futuro iniciado debe observar una conducta irreprochable y gozar de la estima de sus conciudadanos. Por otra parte, la moral humana no tiene reglas absolutas y sufre variaciones, según el ambiente y por tanto, debe todo iniciado conformarse a los usos corrientes de la sociedad. Su deber primordial es vivir en buena armonía con sus conciudadanos y observar escrupulosamente las leyes que regulan la vida en común.

El Iniciado no se las dará, pues, de superhombre desdeñoso de la moral ordinaria, ni se considerará eximido de ninguna de las obligaciones que pesan sobre el hombre sencillamente honrado; lejos de querer aligerarse de la carga normalmente impuesta a todos, se conforma, todo al contrario, en aumentarla en proporción de sus fuerzas tanto morales como intelectuales.

La Iniciación no nos instruye de balde, ni siquiera por el gusto de instruir. Ilumina a quien quiere trabajar, a fin de que el trabajo pueda llevarse a cabo. Empecemos por aceptar un trabajo, luego damos prueba de celo y de constancia en su cumplimiento y tendremos derecho a la instrucción necesaria; pero nada recibirá quien no tenga derecho a ello.

De nada sirven las trampas en esta materia, y quien no merece instrucción no la recibe. Podrá sin duda alguna imaginarse haber aprendido, pero en este caso no será más que el miserable juguete del falso saber de los charlatanes del misterio. La iniciación verdadera no quiere deslumbrar a la gente con un brillo ficticio; es austera y nadie la puede lograr sin haberla buscado en la pureza de su corazón. Al candidato se le pregunta: ¿En donde fuisteis preparado para ser recibido Francmasón? y debe responder: en mi corazón. En efecto, debe uno estar bien resuelto al sacrificio anónimo y no desear otra recompensa que la satisfacción de colaborar en la Magna Obra.

En verdad, no puede aspirar el hombre a más elevada satisfacción, ya que por su participación en la Magna Obra tiene conciencia de divinizarse. Desanimalizar la criatura consciente para hacerla divina, he aquí el resultado a que tiene la Iniciación y, por lo tanto, lo menos que se puede exigir del postulante es que observe en la vida irreprochable conducta y sepa permanecer honrado en el lugar, por modesto que sea, que ocupa entre sus conciudadanos. Deberá justificar sus medios de existencia, la lealtad de sus relaciones y no se admitirá que se burle del prójimo ni que trate a la ligera unas promesas hechas bajo el imperio de la pasión. Sufrir honradamente las consecuencias de

sus actos, sin esquivar cobardemente sus resultados, es conquistar la simpatía de los Iniciados y merecer su ayuda para sortear las dificultades.

Una vez satisfechas las condiciones previas de moralidad, garantizadas por el buen renombre del candidato, su primera obligación formal concierne a la discreción: debe comprometerse a guardar silencio en presencia de los profanos, puesto que la Iniciación confiere secretos que no deben ser divulgados.

Se trata en primer lugar de un conjunto de tradiciones que no deben caer en el dominio público. Son, en su mayor parte, señas convencionales por medio de las cuales se reconocen entre sí los Iniciados. Resultaría deshonroso el divulgarlas, y todo hombre pundonoroso debe guardar los secretos que le han sido confiados. Además, el indiscreto resultaría culpable de impiedad, hasta el punto que los *verdaderos misterios* no le podrían ser revelados en manera alguna.

En efecto, los pequeños misterios convencionales son sencillamente, los símbolos de secretos mucho más profundos y debe el iniciado descubrirlos, de conformidad con el programa de la Iniciación Estamos ahora muy distantes de las palabras, actitudes, gestos o ritos más o menos complicados. Todo cuanto afecta nuestros sentidos no puede en modo alguno traducir el *verdadero secreto* y nadie lo ha divulgado jamás, por ser de orden puramente espiritual.

A fuerza de profundizar, el pensador concibe lo que no llegará a penetrar nadie sin observar cierta disciplina mental; esta disciplina es la de los Iniciados. Por medio de las alusiones simbólicas pueden comunicarse entre sí sus secretos, pero nada absolutamente podrá entender quien no esté preparado para comprenderlos; por otra parte, nada hay tan peligroso como la verdad mal comprendida, y de aquí la obligación de callar impuesta a los que saben.

Enseñad progresivamente, de acuerdo con las reglas de la Iniciación, o de lo contrario callad. Sobre todo, cuidad de no hacer alarde de vuestro saber. El Iniciado es siempre discreto: nunca pontifica, huye del dogmatismo y se esfuerza en toda las circunstancias y en todo lugar para encontrar una verdad que sabe, en conciencia, no poseer.

Bien al contrario de las comunidades de creyentes, la Iniciación no impone artículo alguno de fe y se limita a colocar al hombre frente a lo comprobable, incitándolo a adivinar el enigma de las cosas. Su método se reduce a ayudar al espíritu humano en sus esfuerzos naturales y espontáneos de adivinación racional. Opina, además, que el individuo aislado se expone al fracaso al aventurarse con temeridad, en el dominio del misterio. Esta exploración es peligrosa, el camino está erizado de obstáculos y a ambos lados abundan los abismos. Quien emprenda solo el viaje corre el riesgo de detenerse muy pronto, pero hay que tener en cuenta que nadie quedará abandonado a sus propias fuerzas, si merece asistencia, por ser la mutua ayuda el primer deber de los Iniciados.

Tened las creencias que mejor os parezcan, pero sentíos solidarios de vuestros semejantes. Tened la firme voluntad de ser útil, de desarrollar vuestra propia energía para invertirla en bien de todos; sed completamente sinceros con vosotros mismos en vuestro deseo de sacrificio y entonces tendréis derecho a que los guías que aguardan en el umbral sagrado, vengan a dirigir a los legítimos impetrantes.

Pero es necesario dejarse guiar con confianza y docilidad, fortalecido por esta sinceridad que impone el respeto y también lleva consigo responsabilidades de mucha gravedad. Se establece un verdadero pacto entre el candidato y sus iniciadores: si llena éste los previos requisitos, deben ellos dispensarle su protección y preservarle de los tropiezos que pudieran apartarle del camino de la luz.

Tened bien en cuenta que los guías permanecen invisibles y se guardan de imponerse. Nuestra actitud interna puede atraerlos y acuden a la llamada inconsciente del postulante deseoso de soportar las cargas que impone la Iniciación. Todo depende de nuestro valor, no es sufrir unas pruebas meramente simbólicas, sino para sacrificios sin reservas.

No puede uno iniciarse leyendo, ni asimilándose unas doctrinas por sublimes que sean. La Iniciación es esencialmente *operante;* requiere *gente de acción* y rechaza los curiosos. Es preciso consagrarse a la *Magna Obra* y *querer trabajar* para ser aceptado como aprendiz, en virtud de un contrato tan formal en realidad, como si llevara estampada vuestra firma.

Las obligaciones contraídas son el punto de partida de toda verdadera iniciación. Guardaos, por tanto, de llamar a la puerta del Templo, si no habéis tomado la decisión de ser de aquí en adelante un hombre diferente, dispuesto a aceptar deberes mayores y más imperativos que los que se imponen a la mayoría de los mortales. Todo fuera ilusión y engaño al querer ser iniciado gratuitamente, sin pagar de nuestra alma el privilegio de ser admitidos a entrar en fraternal unión con los constructores del gran edificio humanitario, cuyo plan ha trazado el Gran Arquitecto del Universo.

* * * * * * * * * * * *

CAPITULO III

LA PREPARACIÓN DEL CANDIDATO

Solicitar la Iniciación no es cosa baladí y hay que firmar un pacto. A la verdad no hay firma estampada, visible y externa, no va puesta con pluma empapada en sangre, sino que, moral e inmaterial, puramente compromete el alma consigo misma. No se trata aquí de pacto con el Diablo. Espíritu maligno y por cierto fácil de engañar, pero en realidad de un compromiso bilateral y muy serio, cuyas cláusulas son ineludibles.

Los Iniciados, en efecto, contraen deberes muy serios con el discípulo que admiten en sus aulas, y éste queda a su vez y por el solo hecho de su admisión, ligado de un modo indisoluble con sus maestros.

A buen seguro es posible engañar a nuestros maestros, y burlar sus esperanzas al revelarnos malos discípulos después de haberles hecho concebir grandes esperanzas. Pero todo experimento resulta instructivo, por doloroso que sea; nos enseña la prudencia y quien queda al final confundido, es el presuntuoso que ha querido acometer una tarea superior a sus fuerzas. La verdad, si su ambición se limita a lucir las insignias de una asociación iniciática como la Francmasonería, puede, con poco dinero, pagarse esta satisfacción.

Pero las apariencias son engañadoras y, del mismo modo que el hábito no hace al monje, tampoco puede el mandil hacer por sí sólo el Masón. Por más que le hayan recibido a uno en debida forma y proclamado miembro de una Logia regular, puede uno quedar para siempre profano por lo que a lo interno se refiere. Una delgada capa de barniz iniciático puede inducir en error las mentes superficiales, pero no puede en modo alguno engañar al verdadero iniciado. No consiste la Iniciación en un espectáculo dramático ni aparatoso, sino que su acción profunda transmuta íntegramente al individuo.

De no verificarse en nosotros la Magna Obra de los Hermetistas, seguimos siendo profanos y nunca podrá el plomo de nuestra naturaleza trocarse en oro luminoso. Pero ¿quién será lo bastante crédulo para imaginarse que tal milagro, pueda tener lugar por la virtud de un apropiado ceremonial? Los ritos de la Iniciación son tan sólo símbolos que traducen en objetos visibles ciertas manifestaciones internas de nuestra voluntad, con el fin de ayudarnos a transformar nuestra personalidad moral. Si todo se reduce a lo externo, la operación no dará resultado: el plomo sigue siendo plomo, todo lo más chapado de oro.

Entre los que leerán estas líneas, nadie por cierto querrá ser iniciado por un método galvanoplástico. Lo que se llama “toc” no tiene aplicación en Iniciación. El Iniciado verdadero, puro y auténtico no puede contentarse con un tinte superficial: debe trabajarse él mismo, en la profundidad de su ser, hasta matar en él el profano y hacer que nazca un hombre nuevo.

¿Cómo proceder para lograr el éxito?

El ritual exige como primer paso que se despoje de sus metales. Materialmente es cosa fácil y rápida; sin embargo, el espíritu se desprende con dificultad de todo cuanto le deslumbra. El brillo externo le fascina y es con hondo pesar que se decide a abandonar sus riquezas. Sin embargo, aceptar la pobreza intelectual es condición previa para ingresar en la confraternidad de los Iniciados, como también en el reino de Dios.

Ser conscientes de nuestra propia ignorancia y rechazar los conocimientos que hemos creído poseer, es capacitarnos para aprender lo que deseamos saber. Para llegar a la Iniciación es preciso volver al punto de partida del mismo conocimiento, en otros términos, a la ignorancia del sabio, que sabe ignorar lo que muchos otros se figuran saber quizás demasiado fácilmente. Las ideas preconcebidas, los prejuicios admitidos sin el debido contraste, falsean nuestra mentalidad. La Iniciación exige que sepamos desecharlos para volver al candor infantil o a la ceniza del hombre primitivo, cuya inteligencia es virgen de toda enseñanza presuntuosa.

¿Podemos pretender al éxito completo? Es muy dudoso desde luego, pero todo sincero esfuerzo nos acerca a la meta. Luchemos contra nuestros prejuicios buscando librarnos de los mismos; sin pretender alcanzar una liberación integral, este estado de ánimo favorecerá en gran manera nuestra comprensión, que se abrirá de tal suerte a las verdades que nos incumbe descubrir y podrá entonces principiar con eficacia nuestra instrucción. Esta empezará por el desarrollo de nuestra sagacidad. Nos serán propuestos unos enigmas a fin de despertar nuestras facultades intuitivas, puesto que ante todo debemos aprender a adivinar.

En materia de Iniciación no se debe inculcar nada ni imponerse en lo más mínimo al espíritu. Su lenguaje es sobrio, sugestivo, lleno de imágenes y parábolas, de tal manera que la idea expresada escapa a toda asimilación directa. El Iniciado debe negarse a ser dogmático y se guardará bien de decir: “Estas son mis conclusiones; creed en la superioridad de mi juicio y aceptadlas como verdaderas”. El Iniciado duda por siempre de sí mismo, teme una posible equivocación y no quiere exponerse a engañar a los demás. Así es que su método remonta hasta la nada del saber, a la ignorancia radical, confiando en su negatividad para preservarle de todo error inicial.

Entre los que pretenden ser Iniciados por haberse empapado de literatura ocultista ¿cuántos habrán sabido depositar sus metales?. Y si han faltado de tal suerte al primero de nuestros ritos, es del todo ilusorio el valor de su ciencia, tanto más mundana cuánto más surge de disertaciones profanas.

Todos cuantos han intentado vulgarizar los misterios los han profanado, y los únicos escritores que han permanecido fieles al método iniciático han sido los poetas, cuya inspiración nos ha revelado los mitos, y los filósofos herméticos, cuyas obras resultan de propósito ininteligibles a primera lectura.

La Iniciación no se da ni está al alcance de los débiles: es preciso conquistarla y, al igual que el cielo, sólo la lograrán los decididos. Por eso se exige al candidato un acto heroico: debe hacer abstracción de todo, realizar el vacío de su mente, a fin de poder luego crear su propio mundo intelectual partiendo de la nada e imitando a Dios en el microcosmos.

* * * * * * * * * * * *

CAPITULO IV

EL DESCENSO EN SI MISMO

Al despojarse el candidato de sus metales, separa su atención del aspecto externo de las cosas y se esfuerza en olvidar las revelaciones de los sentidos para concentrarse en sí mismo. Una venda se pone sobre sus ojos y le envuelve la noche. Empieza a bajar rodeado de tinieblas y por innumerables peldaños llega por fin al mismo corazón de la gran Pirámide. Entonces cae la venda y el neófito se ve aprisionado en su sepulcro. Comprende que ha llegado la hora de la muerte y se conforma; pero antes de renunciar a la vida redacta el testamento que concreta sus últimas voluntades.

No se trata de disponer de unos bienes que ya no posee, puesto que ha sido preciso renunciar a todo cuanto tenía para poder sufrir las pruebas. Despojado de todo lo que no constituye su verdadero ser, puede disponer únicamente de lo que le queda, haciendo donación de su energía radical. Concentrado en sí mismo y después de hacer abstracción de todo lo ajeno a su naturaleza primordial, el individuo se encuentra frente a frente con su propio espíritu, con el foco inmaterial de sus pensamientos, de sus sentimientos y de su voluntad. Tiene conciencia de ser, en último término, una fuerza, una energía cuya libre disposición le pertenece.

¿Cómo entiende aplicar esta energía? He aquí el problema que debe resolver al redactar su testamento. Si procura entonces indagar cuál es el mejor camino, podrá ver claramente que la voluntad individual no sabría aplicarse a más alto ideal que a la realización del supremo bien. Esta constatación le incita a consagrarse a la Magna Obra y toma la resolución de trabajar, de acuerdo con los principios de los Iniciados, al mejoramiento de la suerte de la humanidad.

Puede ya morir a la existencia profana una vez tomada esta resolución. En efecto, el hombre ordinario no se inspira más que en el egoísmo. Se imagina ser él mismo su propia finalidad y con gusto se considera como centro del mundo. En esto difiere el Iniciado: al volverse hacia sí mismo ha reconocido su propia insignificancia. Su conciencia le dice que no es nada por sí mismo, pero que forma parte de un inmenso todo. Es tan sólo humilde átomo de este conjunto, pero esta célula individual, fragmento de un organismo mucho mayor, tiene su razón de ser en la misma función que le toca desempeñar. Así es como la ciencia iniciática toda, tiene por base el reconocimiento de nuestra relación ontológica con el Gran Adán de los Kabalistas, o sea, la Humanidad considerada como el ser viviente en el seno del cual vivimos y del que emana nuestra propia vida.

Siendo así, ¿qué va a significar para nosotros la palabra *vivir*? Deberemos acaso apetecer las satisfacciones individuales? Sí, pero dentro de ciertos límites. Todo germen en vía de desarrollo debe, al principio, acaparar y atraer hacia él la sustancia circundante, dando muestra de fiera avidez. El instinto vital procede de un egoísmo inherente a la misma naturaleza de las cosas y que tiene un carácter sagrado, mientras tiene por fin la construcción indispensable del individuo.

La caridad bien ordenada empieza por nosotros mismos y es preciso adquirir, antes que poder dar. Pero los dos hábitos de adquisición tienden a perdurar más allá del término normal. Llegado a su pleno desarrollo, el individuo queda expuesto a seguir ignorando su destino superior, o no pensar más que en él mismo, dejando a sus solos apetitos la dirección de su vida. Con tal que, obedeciendo a sus naturales impulsos, el individuo sepa acordarse de sus semejantes, portándose con ellos equitativamente, podrá conducirse en leal unidad del humano rebaño.

Será acreedor a la estima de los Iniciados si ha sabido llevar a cabo fielmente la tarea que le habrá correspondido; el inmenso organismo humanitario requiere múltiples funciones de infinita variedad: Loor a quien sabe responder lealmente a las lejanas llamadas de su vocación.

Todo lo dicho se refiere al mundo profano que los Iniciados tienen buen cuidado de no menospreciar. La honradez consiste en no perjudicar al prójimo ni hacer daño a nadie, conservando nuestra libertad para buscar satisfacciones lícitas. Es poner en práctica el *cada uno para sí* manteniendo en sus justos límites, para que sea posible la vida en común entre individuos civilizados.

Desde luego el estado de civilización que resulta de la aplicación de estos principios constituye un inmenso progreso sobre las costumbres salvajes de las primeras edades, cuando no se reconocía otra ley que la de los apetitos desencadenados. Pero la Humanidad tiene aspiraciones mucho más elevadas. Cuando comprenda el hombre que no es nada de por sí, buscará más estrecho contacto con la fuente de su vida y de su existencia. Tendrá la convicción de que su vida verdadera no es esta mísera vida de la personalidad, sino la gran Vida que anima a todos los seres.

Entonces sabrá *morir* para las mezquindades de su esfera individual, para *nacer* al instante, a una vida superior mucho más amplia, que es la de la especie humana vista en su conjunto. En otras palabras, es cuestión de dejar el personalismo para llegar a humanizarse en el más amplio sentido de la palabra.

Lo que caracteriza al profano es precisamente este personalismo. Tiene fe en sí mismo, en este yo que cree imperecedero y quiere asegurar su salvación eterna. Un cándido egoísmo constituye el móvil de todas sus acciones, incluso de las más generosas.

Al contrario, el Iniciado no conserva la menor ilusión tocante a su personalidad. No ve en ella más que un efímero conglomerado, con destino a disolverse más tarde y por cuyo medio se manifiestan, transitoriamente, ciertas energías permanentes de orden general y trascendente.

Al descender en sí mismo se halla en presencia, no de un pobre yo raquítico, sino de un vacío sagrado en el cual ve reflejarse la divinidad. Entonces es cuando llega a comprender que todos somos dioses, como lo dice el Evangelio (Juan X, 34) y como lo expresa el salmo LXXX, 6: *"Dioses sois e hijos todos del Soberano"*.

Pero si el animal, al tomar conciencia de su *hominalidad* contrata deberes mucho más extensos, mucho más, con tal motivo, vamos a tener que exigir del hombre que ha penetrado el secreto de su divina naturaleza. Una formidable responsabilidad nos incumbe en virtud de nuestra calidad de dioses, ya que el Universo pasa a ser nuestro absolutamente, del mismo modo que la cosa pública *(Res publica)* pasa a ser propiedad del ciudadano conciente de la ciudadanía nacional.

El hombre-dios no puede ya contentarse con vivir en el hombre-animal honrado. Se siente responsable de los mundiales destinos y comprende que debe completar la creación. Aquí le tenemos llamado a ordenar el caos moral, en medio del cual se agita la humanidad. Su tarea es coordinar y construir. ¿Cómo y de qué manera? No lo sabe todavía, pero quiere ingresar en la escuela de los constructores y ser iniciado en su arte. De aquí en adelante podrán ellos instruirlo, porque la chispa del fuego sagrado ha brotado en su interior.

¿Habéis penetrado acaso hasta el foco central en donde, bajo la ceniza de las impresiones externas, sigue ardiendo el fuego divino, vosotros todos, que pretendéis haber alcanzado la categoría de iniciados? En vuestro afán de subir rápidamente ¿no pudiera darse el caso de haberos olvidado de

bajar primero? Tanto peor para vosotros si os ha fallado la primera operación de la Magna Obra, la que simboliza el color negro, pues sin esta previa base toda va a ser inútil.

Saber morir: aquí está el gran secreto que no se puede enseñar. Debéis dar con él, de lo contrario, vuestra iniciación no pasará de ficticia, como desgraciadamente sucede la mayor parte de las veces. Sin haber muerto realmente para las profanas atracciones, el falso iniciado no puede renacer a la vida superior, privilegio reservado a los pocos que han sabido regenerarse por la comprensión de la humana divinidad. Para conseguir la iniciación es preciso sufrir la muerte iniciática, operación ardua y eliminatoria; entre el gran número de candidatos sólo un corto núcleo de elegidos logra el éxito.

Preparaos, pues, a esta muerte si queréis ser iniciados; de otro modo, el sólo rito tradicional de por sí, nada puede dar puesto que no es más que la forma hueca y engañosa de la superstición; sabed morir o, de lo contrario, mejor será renunciar modestamente de antemano a la Iniciación.

* * * * * * * * * * * * *

CAPITULO V

LA CONQUISTA DEL CIELO

No basta profundizar. Triste sabiduría la que consiste en retraerse en sí mismo y desentenderse del mundo externo. La inmersión en la tinieblas en donde se desvanecen las apariencias no es en sí una meta: es tan solo una etapa del itinerario que viene obligado a seguir el iniciado.

Si bajamos es para subir otra vez y el nivel que podemos alcanzar a la subida depende justamente de las profundidades que supimos sondear. Si fuera posible hundirnos hasta el mismo fondo del abismo infernal, a buen seguro que pudiéramos llegar de rebote hasta el mismo cielo, pues la fuerza ascensional está en razón directa de la intensidad de la caída. El espíritu superficial no sabe bajar ni subir: pegado al suelo ha de seguir sus ondulaciones sin poder llegar a las concepciones profundas ni abrazar amplios horizontes.

Ahora bien: lo que distingue ante todo el Iniciado es la profundidad de su pensamiento, como también lo ilimitado de sus visiones.

Libre ya de las apreciaciones rastreras del profano, debe llegar a comprender lo que hay, tanto por debajo como por encima de las cosas que percibe en la vida corriente, y las primeras pruebas iniciáticas hacen precisamente referencia a este doble campo de exploración.

Al salir de la tumba de donde se encerró para morir de su libre voluntad, el candidato sube hasta la cumbre del monte evangélico y de allí puede divisar todos los reinos de la Tierra. Ni le acompaña el Diablo, ni le promete la posesión del mundo si consiente en adorarle. Para quien ha llegado a tales alturas, la tentación está más bien en huir de todo lo material. Pero este peligro no puede amenazar al futuro iniciado y, por la prueba del aire, vuelve de repente a la realidad positiva. Después de bajar tan profundamente como ha subido para luego alcanzar las más sublimes cumbres, debe volver al nivel normal del equilibrio, capacitado ya tanto por su caída como por su ascensión para apreciar con exactitud el mundo, teatro de su acción iniciática.

Las profundidades se complementan con las abstracciones de las cosas. En el segundo Fausto, Goethe nos habla de terroríficas divinidades que llama *las Madres.* A pesar de su disolvente dialéctica, Mefistófeles no se atreve a acercarse a estas eternas creadoras de las forma; ni las rodea el espacio ni las afecta el tiempo. En su colectivo aislamiento conciben las imágenes creadoras, los arquetipos de cuanto se va construyendo. Por el intermedio de estas diosas, el Ser brota sin discontinuidad de la matriz tenebrosa de la Nada. El pensador anheloso de profundizar, puede hacer consideraciones acerca de este teme que la sutil poesía de Goethe le presenta.

Por otra parte, el infierno no es, en Iniciación, otra cosa que el camino del cielo. Quien ha sondeado la Nada descubre allí mismo el Todo. Cuando bajando hasta el mismo fondo del abismo de nuestra personalidad, llegamos a descubrir en ella la personalidad que actúa en el universo, entonces somos capaces de colocarnos por encima de todas las contingencias para considerar las cosas desde un punto de vista diferente: el de la potencia que gobierna el mundo.
Para ver realmente las cosas desde lo alto es necesario substituirse en espíritu al mismo Dios. Y no digan que esto es impío; nada puede ser tan saludable para nuestro ser moral como la gimnasia mental de la sublimación filosófica preconocida por los Hermetistas.

Según el sistema alegórico, el sujeto que ha de ser objeto de la Magna Obra debe quedar encerrado en el huevo; allí entra en putrefacción y por fin llega al *color negro*, representativo de la muerte iniciática del candidato. Por otra parte, la putrefacción liberta lo sutil, que se desprende de lo grosero y sube hasta el cielo de este mundo en pequeña escala, simbolizado por el matraz

herméticamente tapado con masilla que usa el alquimista. En las alturas no se deja sentir la acción del fuego central (infernal) y las evaporaciones se condensan para caer en forma de lluvia sobre el cadáver del sujeto. Este experimenta de tal suerte una serie de lavados, gracias a las aguas en sus alternativas de evaporación y de condensación, hasta que, al término de las abluciones, aparezca como testigo *el color blanco*.

De igual manera que bajó tan solo para subir luego más alto, asimismo el candidato sube para caer otra vez en su campo de acción. Ciertos antiguos mitos nos dan a entender que el sabio no debe eludir su misión terrenal: como mortal no debe desdeñar la Tierra ni tiene derecho a eludir sus leyes.

Aunque divinizado en sus dos terceras partes (y por consiguiente muy adelantado en Iniciación), Gilgamés, el héroe caldeo, tuvo que regresar a Ourouk para volver a la tarea que abandonó en su afán de conquistar la inmortalidad. Podemos aspirar a lo sublime y escapar por un momento de los vínculos de la materia, pero nuestro campo de acción es la Tierra y a ella debemos volver.

Tal es la moral común a todos los mitos de ascenso. Los de Adapa y de Etana son muy característicos desde este punto de vista.

En su calidad de favorito de Ea, dios de la Suprema Sabiduría, Adapa beneficiaba de un vasto entendimiento, pero todavía no de la Vida Eterna. Por otra parte, Adapa alimentaba la ciudad de Eridou de cereales, de bebidas y de pescado. Un día, mientras estaba pescando, el viento del Sur arremetió contra la embarcación y ahogó al protegido de Ea, quien, en la lucha consiguió, sin embargo, destrozar las alas del viento enemigo. Pronto, Anou, el rey del cielo, se dio cuenta de que ya no soplaba el viento del Sur y, al indagar la razón, supo la hazaña de Adapa y decidió castigarle.

Llamado a compadecer en su presencia, Adapa se encamina al cielo y llega a la puerta cuya entrada guardan Tammouz y Gishida, estas dos divinidades le acogen con benevolencia y le prometen interceder en su favor con Anou, advirtiéndole que el dios le ofrecerá un alimento y un brebaje de muerte que Adapa deberá rehusar.

Durante su interrogatorio sabe captarse los favores de Anou y el dios en su deseo de darle la inmortalidad ofrece el bienhechor de Eridou un alimento y una bebida de Vida. Pero Adapa se atiene a la advertencia que sabe emanada de Ea; acepta únicamente el vestido que le ofrecen y se deja ungir con los sagrados óleos antes de volver a la tierra seguido de la mirada benévola de Annou.

En cuanto a la ascensión de Etana, se verifica gracias a la amistad del águila socorrida por el elegido de los dioses.

Predestinado a reinar sobre los hombres como pastor, Etana no puede encontrar más que en el cielo las insignias de una dignidad cuya naturaleza parece más bien mágica o espiritual. Mientras tanto, Etana se agita sobre la Tierra, inquieto por su obra en perpetuo estado de gestación. En sus angustias suplica a Shamash, el dios Sol, que le indique la hierba de parto (de realización), y Shamash le contesta: *Ve andando hasta llegar* a la cima del monte.

Etana obedece, y por fin llega un día al borde de una grieta de la montaña en la que yace maltrecha un águila con las alas rotas por una serpiente, cuya prole había devorado. Etana cuida del pájaro herido, que recupera las fuerzas y sana poco a poco. Al cabo de ocho meses el águila ha recobrado por completo el uso de sus alas y propone a Etana llevarle al cielo para juntos prosternarse a la

entrada de la puerta de Anou, de Bel y de Ea. El águila conoce también la entrada de la puerta de Sin, de Shamash, de Adad y de Isthar. [1]

Ha tenido ocasión de contemplar a la diosa en todo su esplendor, sentada sobre su trono con una guardia de leones.

Etana acepta la proposición del águila y se abraza estrechamente al ave, espalda contra pecho, flancos contra flancos, tendidos los brazos sobre las plumas de las alas. Cargada de tal suerte con un peso que se adhiere a él exactamente, sin impedir ninguno de sus movimientos, el águila va subiendo por espacio de dos horas y pregunta entonces a Etana qué impresión le produce la Tierra: *Ni abarcando el mar parece mayor que un sencillo patio.*

Después de dos horas más de ascenso, la Tierra y el Océano se parecen a un jardincillo rodeado por un riachuelo. Sube más todavía y, transcurridas otras dos horas, Etana despavorido, ha perdido completamente de vista la tierra y el mar inmenso.

Su vértigo paraliza al águila, que cae durante dos horas, y continúa cayendo otra y otra más. Por fin, el águila viene a estrellarse contra el suelo, mientras Etana parece trocarse en rey fantasma.

Desde el punto de vista iniciático, este mito resulta muy instructivo, a pesar de resultar algo oscuro por la razón de no haber llegado a nosotros íntegro. Si bien es verdad que para conquistar la dignidad real, debe el iniciado trascender las bajezas humanas, su reino no es de este mundo, sino más bien *astral,* como el de Etana, el soñador inquieto, que busca la manera de realizar sus ideales.

Tanto si se trata de alcanzar el cielo, como de construir una torre semejante a la de Babel, el simbolismo es el mismo. También podemos ver cómo corresponde al mito de Etana la clave 16 del Tarot, titulada la *Casa de Dios,* que nos representa la caída de dos personajes, uno de ellos coronado. Para la mayor parte de la gente esto hace alusión a las empresas quiméricas, como, por ejemplo, el descubrimiento de la Piedra filosofal que perseguían los sopladores, estos alquimistas vulgares, incapaces de penetrar el exoterismo de las alegorías herméticas.

En realidad la caída es una de las pruebas previstas en iniciación, y si sube el candidato es tan sólo para caer de mayor altura. Al atravesar el aire, en su caída, se verifica la purificación; es otro hombre, del todo distinto cuando llega a tierra, maltrecho sí, pero capaz de levantarse para proseguir su camino.

Para llegar a ser dueño de sí mismo, es del todo indispensable apartar la atención del mundo externo, para internarse en la noche de la personalidad verdadera; luego, después de haberse encerrado en sí mismo, hay que salir otra vez por medio de la sublimación iniciática. Además, no estamos destinados a vivir ni en nuestro fuero interno ni tampoco fuera de nosotros mismos.
Una tarea nos espera en este mundo objetivo, del que somos parte integrante y, por lo tanto, no puede ser cuestión de sumirnos en una vida meramente interna y, por lo mismo, absolutamente estéril. El Iniciado sabe por descender en sí mismo, pero no malgasta el tiempo en la contemplación de su ombligo, a la manera de los anacoretas orientales. Tampoco ignora el camino de la salida

[1] El septenario divino del mito de Etana corresponde a los planetas en el orden siguiente:
ANOU, Rey del Cielo, *Júpiter*
BEL, Señor de la Tierra, *Saturno*
EA, Agua vaporizada, Eter, Sabiduría Suprema, *Mercurio*
SIN, Generador de las formas, Imaginación. *Luna*
SHAMASH, Luz del Hombre, Razón. *Sol*
ADAD, Fomentador de las tormentas. *Marte*
ISTHAR, Energía vital, encanto. *Venus*

sublimatoria, pero tiene buen cuidado en no quedarse en el limbo y, al contrario, se abandona a la caída salutaria.

La Iniciación no tiene por objeto satisfacer las curiosidades indiscretas. No viene a revelar los misterios del infierno ni los del cielo; nos instruye tan sólo en los secretos de la Magna Obra y se limita a preparar, por una educación práctica, obreros dóciles a las directivas del G.A.D.U.

Gracias a su descenso, el candidato ha echado raíces en las profundidades de su ser; su fuerza activa le estimula poderosamente y le infunde la indomable energía de los Cíclopes; luego, sin romper sus vínculos infernales, sumamente elásticos y extensibles, emprende la subida y va a arrebatar el fuego del cielo, capacitándose para poder aplicar al trabajo las potencialidades, tanto superiores como inferiores. En esta unión interna de los dos extremos estriba su poder de Iniciado.

* * * * * * * * * * * * *

CAPITULO VI

LA POSESIÓN DE SÍ MISMO

Criatura encarnada el hombre tiene por campo de acción la superficie de nuestro planeta y a ella tenemos que volver, impulsados por la fuerza de los hechos; en efecto, no es propio de nuestra naturaleza permanecer en las alturas etéricas; si quedamos transportados a tan elevadas regiones es por efecto de la ley de los contrastes después de haber llegado hasta las tenebrosas entrañas del globo. Nuestras tendencias nos inclinan alternativamente hacia los extremos opuestos, hasta que sepamos encontrar la posición de equilibrio sobre el terreno que ha de ser teatro de nuestra actividad.

Después de remontar el vuelo muy alto, por encima de las mezquindades humanas, volvemos a caer pesadamente sobre el endurecido suelo de la realidad brutal. Si bien nos lastima la caída, en cambio la sacudida nos despierta de nuestros ensueños. Al observar del mejor modo que sabemos a través de la niebla que nos rodea, procurando más bien oír que ver distintamente, nos damos cuenta de haber aterrizado en pleno campo de batalla, donde los adversarios, cual duelistas, esgrimían sus armas. Es el campo de los conflictos; cada cual defiende aquí su causa con aspereza, acantonando en su punto de vista sin querer tomar en consideración el modo de ver de su contrario.

Impregnado de la armonía de las serenas regiones, el sabio se guarda de inmiscuirse en las disputas de los combatientes. Se desliza entre las parejas y ni siquiera advierten su presencia los gladiadores enardecidos por la lucha. Sus disputas le parecen pueriles: es que ha sabido elevarse más allá de las discusiones vulgares que inspira el espíritu de partido.

¿ Por qué no llegan los hombres ha entenderse ? Sencillamente por su inveterada costumbre de practicar, muchas veces sin darse cuenta, la parcialidad más absoluta. Éste por ejemplo, se proclamará republicano y tan sólo querrá ver las ventajas de la república para oponerlas triunfalmente a los inconvenientes de la monarquía. El monárquico hará exactamente lo contrario y será interminable la contienda en ésta materia como en cualquier otra. De tal manera que de un extremo a otro de la tierra no cesa el estruendo de las vanas contiendas, bien pronto apaciguadas si aprendiesen los hombres a juzgar con equidad. Bien el contrario, el republicano ferviente considera una impiedad el reconocer lo bueno que pudo tener la monarquía; el monárquico convencido estima sacrilegio ver en la república algo más que una abominación. Y sucede lo mismo en todos los aspectos, sobre nuestro desgraciado planeta. ¿ En dónde podremos encontrar hombres que sepan conservar la independencia de su juicio en medio de tantas tendencias partidistas ?

Es por esto que la generalidad de los mortales no se pertenecen y lo confiesan candorosamente al decir que pertenecen a tal o cual partido, cuya disciplina acatan, incluso con todas sus estrecheces. En cambio el Iniciado se distingue por su imparcialidad y quiere basar su juicio sobre un examen completo del pro y del contra de las causas en litigio. Si sus preferencias razonadas van a la república no se ilusionará sobre las debilidades de éste régimen, ni dejará de reconocer lo que ha hecho de bueno la monarquía. En todo cuanto se preste a controversia obrará de igual manera.

Quien juzga así equitativamente y sin prejuicios, tiene el privilegio de conservar el dominio de sí mismo, intelectualmente. Es *libre* y está preparado para ser iniciado, si además es hombre de buenas costumbres.
Después de cruzar la gran llanura en la cual chocan las opiniones, el candidato llega, por fin, a la orilla de un río de corriente impetuosa que hay que atravesar a nado.

El candidato puede negarse a acometer la prueba, bastante poco atractiva, por cierto, en razón de los amenazadores torbellinos. Pero en éste caso será cuestión de contentarse con una sabiduría bastante estéril: la del crítico hábil en discernir los yerros humanos, pero incapaz de orientarse hacia la Verdad. En realidad, triste va a ser la suerte del sabio cuyo corazón se apiada de los duelistas y que su impotencia para disuadirlos le condena a perpetuidad a ser espectador de su contienda.

Semejante impotencia repugna al futuro Iniciado, quien, alejándose del campo de batalla, entra resueltamente en el río. Hasta aquí, para no afiliarse a ningún partido le bastaba quedar pasivo, y observar absoluta reserva, a fin de conservar su propio dominio. Ahora debe al contrario, desplegar toda su actividad para poder resistir la embestida de la corriente: ésta corresponde a la presión que determina el pensamiento en el individuo. Nuestro pensamiento es más colectivo de lo que nos imaginamos comúnmente. Todos los pensamientos emitidos en un ambiente ejercen, por sugestión, una influencia sobre los cerebros comprendidos en su área. Tenemos las ideas y la mentalidad de nuestro tiempo, de tal manera que, intelectualmente, no nos pertenecemos en absoluto, ni aún cuando quedamos apartados de todo partido, puesto que nuestros pensamientos son, en realidad, la copia exacta de los que fluyen a nuestro alrededor. Resistir a la corriente simbólica es hacer acto de pensadores verdaderamente independientes; es librarnos de la moda en materia de pensamiento: las modalidades intelectuales del siglo, dejan de imponerse a nosotros y nuestra imaginación queda emancipada de la tutela de los convencionalismos.

De aquí en adelante podemos concebir ideas que escapan a la trivialidad fluvial. Aprendemos a comprender a los pensadores de la antigüedad cuando se expresan por medio de imágenes completamente desconocidas de nosotros en el presente. La filosofía nos inicia en las ciencias y las religiones del pasado. Después de franquear el río quedamos purificados de todo cuanto enturbiaba nuestro espíritu.

Desde éste momento somos capaces de forjarnos una filosofía liberal y amplia y podemos llegar en el dominio religioso hasta el *catolicismo* integral, gracias a la asimilación del esoterismo, generador de creencias esencialmente universales.

Podemos ahora comprender el significado de la prueba del Agua a la que ha de someterse el pensador que no quiere limitarse a pensar superficialmente como la masa de sus contemporáneos. De quedar esclavo de los prejuicios de su tiempo y de su ambiente, le fuera del todo imposible entrar en comunión con los sabios que pensaron antes que él y cuya herencia imperecedera debe recoger. Purifiquemos nuestra imaginación y, de tal suerte, podrá reflejar, sin deformarlas, las imágenes reveladoras de los misterios tradicionales. Lo precioso no puede perderse. Ésta verdad, que nos importa conocer, se conserva viva y la perciben los cerebros que han sabido hacerse receptivos a las ondas de una telefonía sin hilos, tan vieja como el mundo.

La Iniciación enseña el Arte de Pensar, o sea el Arte Supremo, el Arte Real, el Gran Arte por excelencia.

El iniciado debe esforzarse en pensar de una manera superior y, para lograrlo, debe romper toda comunicación con los pensamientos de orden inferior, negándose por un lado a tomar parte en las querellas de partido, a fin de conservar la plena independencia de su juicio, y teniendo cuidado, por otro lado, de no asimilarse sin previo examen las concepciones ajenas que forman el torrente de la opinión pública. Respecto a ésta última, el pensador mantiene una actitud independiente y sabe resistir a la corriente que arrastra a los débiles. Exteriorizando su fuerza, evita el dominio intelectual de su siglo y la tiranía del ambiente. Vencedor del torrente, el Iniciado lo domina desde la orilla, en donde ha sentado sus reales con firmeza.

Purificado por el agua fría que ha templado sus energías, el vencedor del elemento fluido se impone ya al río, que nada puede contra su firmeza sin duda alguna no tiene el poder de mandar a su antojo la impetuosa corriente; sin embargo, una imaginación límpida, en pura calma ejerce siempre una poderosa influencia sobre los ánimos pasivos y les ayuda a afinar y esclarecer sus ideas.

El soñador que sueña iniciáticamente al ensueño, y el ensueño engendra al sentimiento que hará surgir la acción. Todo cuanto ha de realizarse empieza por ser imaginado.

Al triunfar del río el adepto pone término al *Trabajo al blanco* de los filósofos herméticos. No tiene todavía el poder de transmutar el plomo en oro, pero en su viaje en busca de este ideal, se detiene de momento para producir la plata, símbolo de lo sentimental e imaginativo. Éste metal depura las almas y las encamina hacia la realización de su ensueño.

Pero el soñador ansioso de ejercer su influencia de transmutación debe quedar completamente libre; para no ser esclavo de nada, es indispensable que tenga entera posesión de sí mismo sin pertenecer a nadie más.

Tengamos en cuenta que ésta estricta posesión de sí mismo no tiene nada de egoísta; no es posible alcanzarla; en efecto, sin antes haberse abandonado para dejarse guiar por el dios interno a quien ha descubierto al apartar la atención del mundo sensitivo descendiendo hasta las profundas tinieblas de la propia personalidad. El Iniciado se libera, y si entra en plena posesión de sí mismo es para darse luego a los demás.

* * * * * * * * * * * *

CAPITULO VII

EL FUEGO SAGRADO

Huyendo de las llanuras de los conflictos, donde entrechocan tumultuosamente los antagonistas, el aspirante franquea el río de la vida colectiva. Lejos de dejarse llevar por la corriente, sabe resistir sus más potentes embestidas y afirma de éste modo su individualidad. Por fin ha triunfado el elemento fluido y trepando por la abrupta pendiente de la orilla, puede desde lo alto, contemplar las aguas cuyos torbellinos le separan del inmenso campo de batalla en donde los vivientes se combaten sin tregua alguna. Ésta tierra que pisa de hoy en adelante es la de la paz en el aislamiento, como también la de la muerte y de la aridez; cuando vuelve la espalda al río se le ofrece el espectáculo del desierto en el cual penetró Jesús al salir de las aguas bautismales del Jordán.

El aspirante se interna en las arenas, en medio de las rocas calcinadas. No hay la menor vegetación, ni rastro de ser viviente: aquí el dueño absoluto es el sol, que todo lo seca y mata. Ésta luz, que no proyecta la menor sombra, corresponde a la luz de la razón humana, que pretende hacer omisión de todo lo que no sea ella misma. Ésta razón analiza y descompone, pero su misma sequedad le incapacita para vivificar nada. Bien está que nos esforcemos en razonar con absoluto rigor, pero no vayamos a hacernos ilusiones sobre el poder de la razón, cuya labor no pasaría de demoledora si estuviera llamada a ser dueña absoluta de nuestra mente.

Tengamos bien presente que el Iniciado no debe ser esclavo de nada, ni siquiera de una lógica llevada al extremo.

Si la verdadera sabiduría nos aparta de la vida, de sus alucinaciones y de sus quimeras, es sencillamente para enseñarnos a dominarla, no a la manera de los anacoretas que la desdeñan, sino como conquistadores del principio vital que anima todas las cosas del universo. La potencia que rige el mundo tiene por símbolo el *Fuego* tal como lo concibieron los alquimistas: muy lejos de consumir y de destruir, su ardor anima y construye. Se va propagando a todo cuanto vive, pero el Fuego de los sabios comporta una infinidad de grados en directa correspondencia con las diferentes vidas que produce su actividad. Es preciso que el individuo sepa inflamarse de un ardor divino si pretende ser algo más que un autómata incapaz de realizar la Magna Obra. Por más que el agua del río le haya purificado externamente, limpiándole, como quien dice, de cuanto enturbia el juicio de la mayoría de los mortales, el aspirante quedaría condenado a vagar sin provecho en el dominio de la esterilidad, si retrocediera delante de la prueba suprema, la del *Fuego*.

El ardor del Sol se hace cada vez mayor y le anuncia que la prueba es inminente. Delante de esta amenaza el aspirante puede aún retroceder para permanecer en las riberas del río, estableciendo allí su morada, a la manera de los moralistas que pierden el tiempo en lamentaciones sobre las miserias humanas y en bellas predicaciones que se pierden en el desierto.[1]

Pero el Iniciado no malgasta el tiempo en discursos: es un hombre de acción, un agente eficiente de la Magna Obra por cuyo medio es creado y transformado el mundo: si el aspirante siente la vocación del heroísmo, no vacilará en exponer a la llama su pie desnudo.[2]

---

[1] Juan, el precursor, bautiza y predica la penitencia a orillas del Jordán, pero no tiene por misión esta obra de redención en vista de la cual Jesús se interna en el desierto para ayunar y purificarse durante cuarenta días. El Evangelio es muchas veces, y a su manera, un ritual iniciático.

[2] En la preparación del candidato y según un antiguo ritual masónico, se prescribe desnudar ciertas partes de su cuerpo y, entre ellas el pie izquierdo, como si el contacto directo con el suelo tuviese su importancia para el candidato que, vendados los ojos, pone el pie sobre un terreno que desconoce en absoluto.

No retrocederá aunque las llamas surjan bajos sus mismas plantas, pero se verá obligado a detenerse cuando lleguen a formar una muralla infranqueable. Si quiere volver atrás, que no pierda un instante; aún hay tiempo y tiene libre el camino para batirse en retirada. Pero si domina sus angustias y afronta estoicamente la barrera del fuego, ésta crece y forma las dos alas.
Bien pronto forma un semicírculo cuyos extremos se juntan por fin, dejando el temerario por completo envuelto en una hoguera circular cuyo fuego le abrasa. Las llamas se aproximan cada vez más al aspirante, que permanece impávido dispuesto a ser pasto del fuego.

En efecto, la purificación suprema es obra del fuego que destruye en el corazón del Iniciado el último germen de egoísmo o de mezquina pasión. Éste ardor purificante de que hablamos aquí no es otra cosa que el amor que nos señala San Pablo en el capítulo XII de la Epístola 1ª a los Corintios, en los siguientes términos:

"*Por más que supiera hablar todos los lenguajes de los hombres, y que comprendiese el lenguaje de los ángeles, si no tengo el amor, no soy más que el bronce que resuena o el ruidoso címbalo.*
Y por más que tuviera el don de profecía, aunque conociera todos los misterios y poseyera toda la ciencia; por más que tuviera toda la fe posible, hasta el punto de poder transportar las montañas, si no tengo el amor no soy nada.
Y por más que distribuyera todos mis bienes a los pobres y abandonara mi cuerpo a la hoguera, si no tengo el amor esto no me sirve de nada."

Conocedor de las nociones iniciáticas difundidas por la corriente del pensador helénico, el apóstol acertó en su modo de sentir; todos los dones de la inteligencia, todos los poderes de acción serán vanos si no van aplicados al servicio de la gran causa del bien general. Es preciso amar, llegar hasta el sacrificio absoluto de sí mismo para ser admitido en la cadena de unión de los iniciados. Es por el corazón, y tan solo por el corazón, que llega uno a ser Francmasón, obrero fiel y colaborador verdadero del Gran Arquitecto del Universo.

El ceremonial de recepción es simbólico y representa objetivamente lo que debe realizar el candidato en su fuero interno. Si todo queda limitado a unas formalidades externas, la iniciación es meramente simbólica y marca tan solo la admisión en una cofradía de iniciados superficiales que han sabido conservar un conjunto de exterioridades tradicionales y nada más. No han visto más que la cáscara del fruto; sin embargo, en el interior está la semilla, el núcleo central, de tal manera que el iniciador que obra de conformidad con la letra del ritual, pone a disposición del verdadero candidato un esoterismo velado que se conserva intacto al abrigo de toda profanación.

Cuando la Francmasonería o cualquier otra confraternidad iniciática hace referencia a la inviolabilidad de sus secretos, se trata no del *continente* de los secretos, siempre comunicable, sino de su *contenido* inteligible. Se puede divulgar la letra muerta, pero no el espíritu que los privilegiados de la comprensión sabrán penetrar.

Por otra parte, es indispensable sentir para poder comprender. La punta de una espada hiere al candidato cerca del corazón en el momento de admisión en el Templo para buscar la luz. Antes de poder discernir, hay que abrirse a las verdades cuyo germen existe en nosotros. Cada uno lleva en sí una *Belle au bois dormant* que la verdadera iniciación despierta, pero quien no ame no podrá despertar a la sempiterna durmiente.

No se debe despreciar el intelectualismo; sin embargo, su dominio absoluto nos condena a una estéril y desesperante especulatividad. Cayendo en el exceso contrario, la iniciación caballeresca desdeñaba el saber para enaltecer únicamente el amor, inspirador de las acciones sublimes. Mejor equilibrados, el Hermetismo de la Edad Media, la escuela rosicruciana y la Francmasonería moderna han preconizado el desarrollo simultáneo del intelecto y del sentimiento.

Es indispensable que nos capacitemos para reconocer la verdad, a fin de conquistar la luz que debe iluminar nuestras acciones. Por otra parte, si no tenemos el acicate de un ideal, ¿cómo podremos sentirnos impulsados hacia la Iniciación? Lo que atrae y fascina es precisamente, una presentida belleza. Un amor secreto nos empuja hacia el santuario y nos infunde valor para arrostrar los obstáculos de las múltiples pruebas que aún nos esperan antes de alcanzar el móvil deseado.

Aunque no pudiésemos comprender más que medianamente, lo esencial sería llevar siempre en nuestro corazón la chispa del Fuego Sagrado, a fin de ser capaces de elevarnos cuando lo requiera la acción. Los mejores masones no son los más eruditos ni los más ilustrados, sino los más ardientes y constantes trabajadores, porque son los más sinceros y los más convencidos. Quien ama con fervor está muy por encima de quien se contenta de saber: la verdadera superioridad se afirma por el corazón, la cámara secreta de nuestra espiritualidad.

Los que no han sabido amar se pierden en el desierto sin pasar por la prueba del fuego. Escépticos arrastran su vida en eterno desencanto, son verdaderos fantasmas ambulantes más bien que hombres que honran la vida con sus energías. Será necesario el sufrimiento para enseñarles el amor. En resumen, el sufrimiento no es en sí un mal, puesto que sin el purificante dolor nadie llega a ser grande.

* * * * * * * * * * * *

CAPITULO VIII

EL CÁLIZ DE LA AMARGURA

En su *Cuadro de la Vida humana,* Cebes, que nació en Tebas, villa de Beocia (siglo V antes de J.C.), nos describe el vasto recinto en donde se agitan los vivientes. Una multitud de candidatos a la vida se agolpa a la puerta; un genio representado por un venerable anciano, dirige a los candidatos atinados consejos. Por desgracia, sus sabias advertencias sobre la conducta que debe observarse ante la vida quedan pronto olvidadas, por las almas ávidas de vivir.

Apenas entran en el fatal recinto, se sienten obligadas a desfilar delante del trono de la Impostura, mujer cuyo semblante es de expresión convencional y de maneras insinuantes, que les presenta una copa. No se puede entrar sin beber poco o mucho; para vivir intensamente muchos beben a grandes sorbos el error y la ignorancia; otros, más prudentes apenas catan el mágico brebaje y, en consecuencia, olvidan menos los consejos recibidos y no sienten tanto apego a la vida.

De la misma manera un cáliz será presentado al neófito al entrar en la nueva vida del Iniciado. El aspirante que acaba de sufrir la prueba del Fuego se refrigera con esta agua pura y refrescante. Pero mientras bebe a grandes tragos la dulce bebida se vuelve amarga. Quisiera entonces rechazar el cáliz, pero se le ordena apurarlo hasta las heces. Obedece dócil y bien decidido a cargar con el lote de sufrimientos que le depara la suerte. Bebe, pero ¡oh milagro, el fatídico brebaje vuelve a su primitivo sabor!

Este rito nos inicia en el gran misterio de la vida que nos brinda con sus dulzuras, pero quiere que sepamos aceptar también sus rigores y sus crueldades.

Cuando aceptamos la vida, nuestra tendencia es de probar tan sólo lo agradable y anhelamos la felicidad, como si pudiéramos lograrla gratuitamente sin haberla merecido. Es desconocer en absoluto la Ley del Trabajo, que es necesariamente la de toda vida. Vivir es, en suma, cumplir una función y, por tanto, trabajar. La Vida es a tal punto inseparable del trabajo y del esfuerzo, que no puede uno concebirla en la inercia; nuestra existencia es acción; descansamos para reponer nuestras fuerzas a fin de poder proseguir nuestras actividades. ¡Quien deja de obrar renuncia a la existencia: el descanso definitivo esteriliza y equivale a la anonadación, a la muerte!

A decir verdad es posible, valiéndose de trampas en la vida, huir de toda pena y obrar de manera que tan sólo nos proporcione satisfacciones. Pero esta táctica no produce más que engaño y la vida sabe vengarse de quienes no quieren acatar sus leyes; cuando menos el hastío de vivir será su lote.

Para el Iniciado se impone tanto más la honradez en el vivir, cuanto más ambicione poseer los secretos, que son precisamente los de la vida misma. La Iniciación enseña a vivir una vida superior, es decir, en perfecto acuerdo con la gran Vida. Comprender bien la vida, he aquí el objetivo de todo aspirante a la sabiduría. ¿Qué nos importan los secretos de la muerte? En su debido tiempo nos quedarán revelados y no hay que preocuparse por ellos; en cambio, debemos vivir y vivir de acuerdo con las exigencias de la vida.

Estas exigencias de la vida podrán parecer tiránicas al profano que no ha comprendido la existencia; una inexorable necesidad le condena al trabajo; en medio de trabajos y penas se lamenta y se resuelve airoso contra el dolor que le han impuesto. Este suplicio dura mientras no se determina a aceptarlo y vuelve a encontrar el paraíso tan pronto sabe renunciar al mismo. Sufrir, trabajar ¿significará acaso decadencia? ¿Y quién puede ser fuerte y poderoso para el bien sin antes haber

sufrido cruelmente? El alma que quiere conquistar la nobleza y la soberanía ha de buscarla en la fragua del sufrimiento.

No quiere decir esto que sea indispensable practicar el ascetismo ni buscar tormentos intencionales: la vida sabrá proporcionarnos pruebas salutíferas y nos brindará el cáliz, invitándonos a vaciarlo con firmeza, sin necesidad de parte nuestra de añadirle ninguna mixtura más amarga. El Iniciado no teme al dolor y sufre con valor, pero no viene obligado a amar ni a complacerse en el sufrimiento. Tiene fe en la vida; la sabe misericordiosa a pesar de sus leyes inexorables y sabe saborear las dulzuras que nos depara como compensación a las penas con que nos aflige.

Lo que debemos buscar es la armonía, el acuerdo armónico con la vida. No podemos lograrlo de golpe y es indispensable un penoso aprendizaje en el *Arte de vivir,* el *Gran Arte por excelencia,* el arte que practican los Iniciados. La vida es su escuela y no puede ser admitido quien no esté resuelto a beber la copa de la amargura.

Sin embargo, la vida nos brinda felicidad. Todo ser cree tener derecho a ella y es su constante aspiración. Vivimos de esperanzas y nos resultan más llevaderas las penas de hoy si ponderamos las alegrías de mañana. La vida corriente puede tener para nosotros ciertos miramientos y tratarnos como adolescentes, pero la vida iniciática nos considera como hombres ya maduros, poco dispuestos, por tanto, a dejarse llevar de las ilusiones. Nos aseguran la felicidad con tal que sepamos labrarla nosotros mismos. A nada somos acreedores sin merecimientos: si nos dan la vida es para utilizarla como es debido, no para disfrutar de ella sin pagar tributo. Sepamos, pues, considerarla bajo su verdadero aspecto; entremos a su servicio dispuestos a consagrarnos al estricto cumplimiento de nuestra obra de vida, que debe ser la Magna Obra de los Alquimistas.

En todo tiempo ha sido la iniciación privilegio de los valientes, de los héroes dispuestos a sufrir, de los hombres de energía que no escatiman sus esfuerzos. Es la glorificación del esfuerzo creador del sabio que ha llegado a la plena comprensión de la vida, a tal punto que al vivir para trabajar logra romper las cadenas del presidiario condenado a trabajar para vivir. Dice el adagio: *Trabajo equivale a Libertad,* y aún resultaría mejor dicho que nos liberamos de la esclavitud por nuestro amor al trabajo, de buscar el esfuerzo fecundo sin temor al sufrimiento que pueda acompañar su realización, y entonces la vida será para nosotros amena, confortante y bella.

Así queda explicado el simbolismo del brebaje cuya amargura no debe desanimarnos: podemos devolverle su primitivo sabor, aceptando sencillamente la obligación de apurar el cáliz sagrado de la vida.

* * * * * * * * * * * *

CAPITULO IX

EL PRIMER DEBER DEL INICIADO

La Iniciación no es de orden meramente intelectual y no tiene por objeto satisfacer la curiosidad gracias a la revelación de ciertos misterios inasequibles al profano. Lo que nos viene a enseñar no es una ciencia más o menos oculta, ni una filosofía que nos diera la solución de todos los problemas: es un Arte, el arte de la Vida.

Ahora bien: la teoría puede ayudarnos a comprender mejor un arte; pero sin la práctica no existe el artista. De la misma manera, no es realmente iniciado quien no posea verdaderamente el arte iniciático y es, por tanto, de absoluta necesidad aprovechar todas las oportunidades para ponerle en práctica.

Por otra parte, ¿cómo podremos empezar a practicar el arte de vivir? Muy sencillamente, procurando ayudar a nuestro prójimo. La vida es un bien colectivo: no nos pertenece particularmente; para disfrutarla debemos participar de la vida de los demás, sufrir con los que sufren y dar cuanto de nosotros dependa para aliviar sus penas.

Cuando en una Logia masónica el hermano hospitalario cumple su misión respecto al neófito, viene a recordarle que su primer deber es ayudar a los desgraciados. Podrá ver más adelante que nunca quedan olvidados los que están en el infortunio: en toda reunión masónica es obligación circular, antes de la clausura, el tronco de beneficencia.

Esta costumbre, que se observa en el mundo entero, da a la Francmasonería un carácter humanamente religioso que nunca tendrán las asociaciones profanas que pretendan revelarnos los misterios.

En todo tiempo ha habido charlatanes pontífices e hierofantes: prometen darnos una ciencia infalible, un poder ilimitado, la riqueza en este mundo y la felicidad en el otro. No piden, en cambio, más que confianza absoluta en sus palabras y ser reverenciados como semidioses. Innumerables son los que se dejan engañar y se jactan de ser iniciados después que han llegado a asimilarse algunas doctrinas y han aprendido a contentarse con el espejismo de ciertos fenómenos que más bien pertenecen a la patología: las teorías que todo lo explican y los equilibrios psico-fisiológicos nada tienen que ver con la Verdadera Iniciación.

Esta –y nunca se dirá bastante- es *activa.* Nos hace copartícipes en una obra, la Obra por excelencia, la Magna Obra de los Hermetistas. La Iniciación no se busca para *saber,* sino para obrar, para aprender a trabajar. Según el lenguaje simbólico empleado por cada escuela de iniciación, el trabajo tiene por objeto la transmutación del plomo en oro (Alquimia) o la construcción del Templo de la Concordia Universal (Francmasonería). En un caso como en el otro, se trata de realizar un mismo ideal de progreso moral. Lo que persigue el Iniciado es el bien de todos y no la satisfacción de sus pequeñas ambiciones particulares. Si no ha muerto para todas las mezquindades, es prueba de que sigue profano todavía.

Si verdaderamente ha pasado por las pruebas, su único anhelo será ponerse al servicio del perfeccionamiento general, colectivo y, por consiguiente, correr en ayuda del compañero de fatigas agobiado por el peso de su tarea. Ayudar al prójimo, he aquí el primer deber del Iniciado.

Su ayuda espontánea irá a quien le llame. No se entretendrá en buscar si el sufrimiento es o no merecido, si es la consecuencia de un mal Karma procedente de anteriores encarnaciones; los favorecidos de este mundo no están autorizados a creerse mejores que los parias de la existencia.

Una doctrina que tendiera a sugerir sentimientos de tal naturaleza resultaría eminentemente anti-iniciática. Quien soporta dignamente el dolor es un aristócrata del espíritu y es acreedor a nuestro respeto si la suerte ha sido más clemente para nosotros. Sus sufrimientos no son necesariamente expiación de unas faltas que pudiera haber cometido, y sostener semejante tesis equivale a una impiedad. Todo esfuerzo produce un sufrimiento que hace más meritorio nuestro trabajo. El dolor es santo y debemos honrar a quienes lo sufran.

Lo mejor que podemos hacer es, desde luego, solidarizarnos con ellos, compartir sus penas y sus angustias y ayudarles del mejor modo que sepamos, materialmente y moralmente. Toda iniciación que no empiece por la práctica del amor al prójimo resulta falaz, por grande que sea el prestigio que quiera dársele.

Por el fruto se conoce el árbol. Aunque no proporcione a la humanidad una alimentación del todo sana y reconstituyente, el árbol puede, sin embargo, ofrecerle un abrigo bajo sus ramas, por más que tan sólo sea utilizable su madera, una vez cortado. Para juzgar una institución es, por lo tanto, preciso ponderar los servicios que presta a la humanidad.

Si no inspira a los individuos sentimientos más humanos, si gracias a su influencia no sienten cada día más profundamente el amor, si no se vuelven más serviciales unos para otros, no tiene derecho a proclamarse iniciática, porque la Iniciación se basa sobre el desarrollo de todo cuanto contribuye a elevar al hombre por encima de la animalidad: por el corazón más bien que por la inteligencia.

Podemos comprender así toda la importancia del rito que invita al neófito a contribuir a la asistencia de viudas y huérfanos, en cumplimiento de su primer deber de Iniciado.

* * * * * * * * * * * *

CAPITULO X

LA MAGNA OBRA

Si existimos es para obrar. La inteligencia y la sensibilidad sirven únicamente para guiar nuestra actividad. Por tanto, no busquemos nuestra razón de ser en nosotros mismos, recordando que no se puede caer en mayor equivocación que atribuirlo todo a uno mismo.

Todo está unido en este mundo y el individuo tiene su valor como parte integrante de la colectividad. Aisladamente no somos nada y en este sentido el Iniciado ha de poder decirse a sí mismo y con absoluta sinceridad: *Sé que no soy nada.* Si del Yo hago un ídolo, el centro del mundo, el objetivo de mis preocupaciones, entonces no contengo más que el vacío, la impotencia y la vanidad. Querer vivir tan sólo para uno mismo, es cercenarse de la vida universal para condenarse a la muerte.

No puedo resistir a la tentación de citar, tocante este asunto, el capítulo V de un opúsculo muy raro, editado en 1775, bajo el título de *La Magna Obra sin velos para los Hijos de la Luz:*

"Según una opinión corriente en este mundo la vida es corta y, por mi parte, la encuentro, al contrario, extremadamente larga para muchísima gente. ¿Cuántos vamos a encontrar que se quejan de la brevedad de la vida y no han hecho, sin embargo, otra cosa que fastidiarse durante toda su existencia?. Sí, es demasiado corta la vida para quien piensa y demasiado larga para quien no piensa. El tiempo vuela cuando trabajamos y transcurre lentamente cuando no hacemos nada. Sin la acción la vida en nada se diferencia de la muerte, y vivir ocioso, no es vivir, sino tan sólo vegetar. Vivir para mí solamente es vivir tan sólo a medias. Interesarse para la felicidad universal de los hombres y obrar en consecuencia, es vivir de verdad y tener la sensación de vivir. ¡Cuán pocos son los que viven en este mundo y cuántos vegetan en lugar de vivir!

Los ricos, enorgullecidos de su opulencia y embriagados por el incienso que les prodigan sus aduladores, no pueden comprender lo que es la vida. Los pobres, abrumados por el peso de su miseria, humillados por el desprecio de los demás, tampoco la pueden entender. En cuánto a los que se encuentran en medio de grandes y pequeños, de ricos y de pobres, preocupándose la mayor parte de las veces sólo de lo que a ellos incumbe, no la sienten tampoco. ¿Quién vive, pues, en lugar de vegetar? Los filósofos. Sí, los filósofos únicamente comprenden lo que es la vida, conocen las oportunidades que presenta y saben aprovecharlas. No solamente viven para ellos mismos, sino que viven además para los otros y, siguiendo el ejemplo del excelso Hermes, de quien tiene por gloria ser y llamarse discípulos, tan sólo viven para hacer bien a la sociedad humana.

Poco les importa que les adulen o les amenacen los poderosos de la tierra, que sus parientes les quieran o les persigan, que sus amigos les sostengan o los abandonen; no por eso dejan de ser filósofos, o sea, amantes de la sabiduría. La vida tiene para ellos tanto más atractivos cuanto más tiempo les deja para hacer bien a quien lo merezca; su benevolencia va a quienes viven para trabajar ,nunca a quienes trabajan para vivir".

Estas líneas nos revelan el gran arcano de la filosofía hermética. La Piedra de los sabios es un símbolo, como también el oro filosófico y todo lo referente a ello. En realidad, el secreto de toda verdadera iniciación hace referencia a lo que ante todo interesa al hombre, es decir, su propia vida y el empleo juicioso de las energías que la misma pone a su disposición.
El sabio busca la piedra en su *mismo fuero interno,* como lo recuerda muy bien la ingeniosa fórmula sacada de la palabra Vitriol, a manera de acróstico: *Visita Interiora Térrea, Rectificando Invenies*

Ocultum Lapidem; o, en otros términos: Desciende en ti mismo, sométete a las pruebas purificadoras y encontrarás la piedra escondida.

Este tesoro supremo, último objetivo de la iniciación hermética, instruye a los ignorantes, sana las enfermedades del espíritu, del alma y del cuerpo, enriquece a los pobres y de un modo general, transmuta el mal en bien. No es una sustancia; es un estado de ánimo que confiere poderes de acción y de influencia.

No se trata aquí, sin embargo, de ninguna taumaturgia vulgar. Los milagros de detalle tienen un interés muy secundario al lado del gran milagro universal que abraza la totalidad del género humano. La *Obra Magna* es un trabajo que no tiene principio ni fin, y su resultado es *todo cuanto existe.*

Somos sus colaboradores sin que sea condición indispensable tener conciencia de ello. Si, al cumplir la tarea que nos incumbe, lo hacemos con mal humor, sin inteligencia ni comprensión, a modo de acémila uncida al carro, somos meros esclavos de la necesidad que nos azota y nos atormenta con su implacable aguijón. Es ésta la suerte del profano que se lamenta y cuya única preocupación es librarse del yugo de una labor obligatoria como de una pesada carga.

El Iniciado sabe que el trabajo es la razón de su existencia. Lejos de querer esquivarlo, su ambición es adelantar su trabajo del mejor modo que sabe, empleando en ello todas sus fuerzas. Su mismo celo entusiasta le ahorra la fatiga que no siente o que se transforma en gozo. Es amante del trabajo y se entrega a él con pasión, atrayendo de tal suerte una misteriosa ayuda, gracias a la cual puede hacer verdaderas maravillas.

La Iluminación es la recompensa y ya vive sabiendo lo que es vida y participando de la gran Vida de la eterna acción.

* * * * * * * * * * * *

CAPITULO XI

LOS PODERES DEL INICIADO

La Vida no es de por sí una finalidad. No vivimos por el gusto de vivir, sino en vista de cumplir con un deber. Todo ser viviente tiene su razón de ser, su puesto designado en el armonioso concierto de la vida universal. Si existimos es en vista de la tarea que nos ha caído en suerte; correspondemos a una necesidad.

De no ser así, no habría lógica ni orden en el Cosmos y el mundo no sería más que un mecanismo ciego trabajando de balde, sin provecho alguno, sin producir trabajo efectivo.

No es como lo conciben los Iniciados que siempre han creído en la Magna Obra. Se han representado el universo como un inmenso taller de construcción, en el cual cada ser trabaja en la realización de un ideal supremo. Todos somos obreros provistos cada cual de las herramientas adecuadas al trabajo que se nos pide. De aquí la estrecha relación que podemos notar entre nuestras predisposiciones naturales y nuestro destino. Nuestras aptitudes son el indicio de nuestra vocación y, por lo tanto, del programa al cual tiende a sujetarse nuestra vida.

Mientras los seres viven indistintamente obedecen a sus impulsos y, en consecuencia, cumplen de un modo ineludible toda la serie de actos de una vida, en perfecta concordancia con las leyes de la especie. Este estado de inocencia edénica desaparece así que interviene el discernimiento. Entonces el ser es en lo sucesivo autónomo, y desde este momento raciocina y toma sus determinaciones, no ya en virtud de impulsos automáticos e infalibles en su esfera de acción, sino de su juicio aún inexperto y propenso al error; aún así éste es el privilegio del ser inteligente.

Cuando éste reconoce una equivocación se esfuerza para conquistar un más perfecto discernimiento; aspira a no equivocarse más y busca la sabiduría, esta luz del espíritu que sabe distinguir entre lo falso y lo verdadero.

Aquí es de toda necesidad hacer una advertencia de importancia suma. Para las escuelas profanas, la sabiduría consiste en la *posesión de la Verdad;* más modesta, la Iniciación se contenta en orientar hacia la Verdad a la que considera como un objetivo ideal, si bien inalcanzable.

Consciente de la humana debilidad, combate el error sin forjarse la ilusión de poder destruir el enemigo. *Errare humanum est.* El hombre caerá en el error mientras sea hombre, pero sus equivocaciones podrán ser de mayor o menor importancia. Procuremos, pues, librarnos de los errores más groseros, satisfechos de haber realizado un progreso y haciendo que nuestra satisfacción nos estimule a perseverar en la eterna lucha contra el error.

Después de lo que antecede no puede subsistir duda alguna respecto a la índole del *poder* que servirá de arma al iniciado en toda circunstancia. Debe adquirir el poder de discernir el error. Pero del mismo modo que la caridad bien entendida debe ser aplicada a uno mismo, de la misma manera el juicio crítico debe también aplicarse ante todo al propio individuo. Los errores ajenos no nos interesan en lo más mínimo, cuando menos de momento, y bastante tenemos que hacer con los nuestros. Cuanto más sabremos distinguirlos, más potentes seremos contra el error en general.

El discernimiento es más indispensable todavía cuando se trata de la manera de combatir el error. Debemos respetar las convicciones ajenas y evitar de atacar sus errores sin miramientos. La violencia es siempre contraproducente y nunca podrá venir la idea de emplearla si hemos logrado discernir nuestros propios errores; si sabemos reconocer de buena fe nuestras equivocaciones, nos

resultará también fácil admitir la buena fe los demás. Es más: sabremos aducir a los otros las razones que nos han convencido, pudiendo de tal suerte disipar un error que fue el nuestro en otro tiempo.

El segundo poder que debe procurar adquirir el iniciado es la *benevolencia.* Los buenos sentimientos que nos animan no dejan de ejercer su influencia a nuestro alrededor. Nos confieren un verdadero poder mágico y al lado de este poder, todas las concentraciones de voluntad preconizadas por los ocultistas no son más que decepciones y pasatiempos de niños. Esforcémonos en querer bien a los malos como a los buenos. Si sabéis desarrollar este poder afectivo dispondréis de una fuerza colosal.

Aprended, por fin, a contrastar vuestras voliciones. Abstenerse de todo querer y detener nuestra voluntad, es mucho más difícil que proyectar órdenes capaces de subyugar un sujeto hipnótico. Si nuestra voluntad ha de ser *operante,* debemos usarla con parsimonia y no debe servir de juguete en manos de un fakir o de un mago de salón. No debéis querer, sino lo que merece ser querido si aspiráis al *poder de mando.*

Los tres poderes del Iniciado están en estrecha relación unos con otros y nadie alcanzará el último sin antes haber logrado los dos primeros. Para terminar podemos decir que, fuera de este ternario, todo es vano e ilusorio en el dominio de los poderes que sirven de cebo a los aficionados a las ciencias ocultas.

Los poderes del Iniciado son reales, pero tan sólo puede conseguirlos en vista del cumplimiento de su tarea y solamente en la medida indispensable para la ejecución de su trabajo. Si nos esforzamos en trabajar bien, pondrán en nuestras manos las herramientas o facultades necesarias para llevar a feliz término la obra que nos incumbe.

Ojalá puedan estas sucintas indicaciones abrir los ojos de quienes pudieran ser tentados de considerar la Iniciación a modo de una escuela de atletismo psíquico o de un conservatorio de magia operante. El Iniciado verdadero nunca hace alarde de sus poderes y los ejerce discretamente, sin buscar la admiración ni vanagloriarse de poseerlos.

Por otra parte, no trabaja nunca aisladamente, ni quiere medir la parte que le corresponde en la colaboración que ha podido prestar. Consciente de haber trabajado tan bien como ha sabido, participa del éxito de la obra con la modestia del soldado cuyo valor ha contribuido a la victoria.

La Iniciación conduce a la humildad, de la misma manera que conduce a ella la ciencia pura o la religión bien entendida.

* * * * * * * * * * * * *

CAPITULO XII

LAS ENSEÑANZAS DE LA FRANCMASONERIA

Al proponerse unir fraternalmente a los hombres a pesar de todo cuanto tiende a separarlos, la Francmasonería moderna ha tenido buen cuidado de no imponer a sus adeptos sistema alguno de creencias marcadamente delimitado.

Ya, al publicar el Libro de las Constituciones, redactado por James Anderson, declaraba en 1723 que su intención era dejar a los hombres en absoluta libertad, tocante a sus opiniones, tanto religiosas como políticas. Fiel a esta actitud, la Francmasonería deja campo abierto a todas las discusiones, y se abstiene de pronunciarse sobre ninguna determinada, hijas todas de la humana curiosidad.

Es la gran muda, y si bien posee su secreto, se ha condenado ella misma a no revelarlo jamás. Nos dice: Buscad, profundizad, trabajad, removed el terreno: el tesoro que os prometo es el mismo que fue la recompensa de los hijos del labrador de la fábula. Buscando la verdad es cuando comprendemos que se nos escapa y, entonces, aprendemos a tener indulgencia con los errores de los demás. En adelante nos abstenemos de condenar practicando la tolerancia, virtud por excelencia de los Francmasones.

Después de todo, ésta no es más que la obligada cortesía con respecto a quienes opinan de distinto modo. ¿Con qué derecho vamos a pretender que se equivocan ellos y nosotros no? ¿Es que pretendemos poseer un criterio infalible para discernir lo verdadero de lo falso? Lo cierto es que la Francmasonería predica sobre este punto, una humildad verdaderamente cristiana, de la que podría mostrarse celosa la Iglesia.

Tenemos conciencia de lo poco que podemos conocer y nos inclinamos con religioso respeto delante del misterio que nos rodea. Sin querer beneficiar de revelación alguna sobrenatural, no pretendemos enseñar a los hombres lo que deben creer; en cambio, todo ser humano, animado de deseo verdadero de buscar la verdad por sus propias fuerzas y con absoluta independencia, puede ingresar en nuestra escuela. Nos esforzaremos en guiarles en sus esfuerzos de investigación y podrán aprovecharse de nuestra larga experiencia tradicional.

Si esperan de parte nuestra afirmaciones concretas, no tendrán más que decepciones, pues nosotros mismos nos hemos prohibido todo dogmatismo sobre cualquier materia. A todas las cuestiones la Francmasonería contesta siempre por medio de símbolos, enigmáticos de por sí y que invitan a la reflexión. Cada uno puede interpretarlos a su manera y todo lo que puedan sugerir es justo, a condición de satisfacer a la lógica. Las interpretaciones contradictorias vienen a presentarnos una misma verdad, pero bajo aspectos diametralmente opuestos. El iniciado lo sabe y no se extraña de ello.

Se limita a sonreír viendo la solución materialista de los unos y la espiritualista de los otros. ¿Qué nos importa que haya opiniones contradictorias si, de antemano, queda bien sentado que nada sabemos en definitiva y que nadie puede erigirse en juez de las convicciones ajenas?

Pero sacar de lo que antecede la conclusión de que los Francmasones no tienen concepción doctrinal alguna común a todos, fuera ir demasiado lejos. Para juntos poder perseguir un mismo ideal, es de toda necesidad participar de las mismas ideas y tener idéntica manera de apreciar y de sentir.

¿Cuál es, pues, este lazo intelectual y moral que une los Francmasones en el tiempo como en el espacio? La idea fundamental de la Francmasonería es la construcción de un edificio humanitario; los hombres son los materiales vivientes y deben ellos mismos labrarse, para luego ajustarse armónicamente, formando un edificio único, verdadero *Templo de la Belleza* que nunca llegará a ser terminado.

Toda la iniciación masónica se limita a enseñar el arte de construir humanitariamente. No le vayan, pues, a pedir la revelación de los secretos del universo o de la naturaleza humana: sus secretos son los del labrado de las piedras humanas, destinadas a pasar de su primitivo estado grosero, inutilizable para nuestro edificio humanitario, al estado de materiales encuadrados y pulimentados a la perfección, en vista de su colocación en el gran edificio; por cierto, son estos secretos de la mayor importancia, por ser relativos al Misterio de la Vida.

¿Qué es la Vida? ¿Qué finalidad tiene? ¿Cómo puede el hombre ponerse en armonía con la vida universal? Todas estas cuestiones nos las propone la iniciación masónica sin resolverlas dogmáticamente, pero proporcionando elementos suficientes para contestar de modo satisfactorio a quienes saben interpretar los símbolos.

Sin embargo, las especulaciones filosóficas preocupan tan sólo a un número reducido de Francmasones que podríamos llamar los doctores de la institución. La mayor parte no se interesa por los análisis sutiles y queda satisfecha con la parte sentimental. Su sensibilidad la hace vibrar bajo la influencia del sentimiento general y poderoso del *amor a la humanidad.* Instintivamente, esta muchedumbre ha divinizado la humanidad y pretende servirla con desinterés. Quiere el progreso, el mejoramiento para todos en el porvenir.

He aquí el origen de esta fe masónica activa e independiente de toda opinión particular. La Masonería es la Iglesia del Progreso humano, y si alguna acción ejerce en el mundo es debido a las firmísimas convicciones de sus adeptos en el advenimiento de una humanidad mejor, más clarividente y más fraterna.

Algunos escépticos quieren ridiculizar esta fe que califican de cándida; parecen olvidar que, de compartir su escepticismo la humanidad, el progreso humano no pasaría, en efecto, de ser una mera ilusión. En cambio, los convencidos y confiados en su utopía le prestan una fuerza de realización que triunfa de todos los obstáculos.

Si creemos en el progreso y obramos en consecuencia, el progreso será un hecho; si lo negamos, teóricamente como prácticamente, nunca llegará a ser realidad. En materia de creencias imitemos a las muchedumbres creyendo con firmeza lo que es conveniente creer y, cuando menos, no vayamos a amortiguar una fe inspiradora muchas veces de actos generosos. Se impone al Iniciado el silencio, sobre todo cuando se trata de las convicciones que sirven de base a la moral del pueblo.

Tengamos cuidado de no perturbar bruscamente las almas bajo pretexto de emanciparlas. Debemos saber callar delante de quienes no están preparados a comprender y, al hablar, procuremos más bien provocar la reflexión en lugar de querer convencer a toda costa. Esta es la sana tradición iniciática.

* * * * * * * * * * * *

CAPITULO XIII

“MASONISMO” Y FRANCMASONERÍA

las iglesias cristianas no han realizado sino de una manera muy imperfecta el Ideal cristiano. No podía suceder otra cosa, siendo así que los hombres, considerados en su conjunto, no son ángeles ni siquiera santos. Tampoco son *sabios* tal como aspira a formarlos la Iniciación, y cuando llegan a merecer el título de *filósofos* o *amigos de la Sabiduría,* no son más que reducida falange que no encuentra colocación adecuada en ninguna de las instituciones organizadas.

No dejaría de ser cándido el figurarse que una asociación de hombres pudiera llegar a la perfección. Los individuos pueden alcanzar una perfección relativa, pero no las colectividades, y la Francmasonería no puede escapar a la misma ley. Demasiado numerosos son sus adheridos para poder llegar todos al nivel de *Iniciados verdaderos;* sin embargo, la institución no deja de merecer el respeto y ser digna de simpatía. En efecto, trabaja para la realización de la Magna Obra, pero la transformación del plomo profano en oro iniciático no puede verificarse instantáneamente ni por virtud de un mágico conjuro.

Un Francmasón es un hombre como los demás, menos instruido muchas veces que buen número de los aficionados a las ciencias ocultas; consciente de su ignorancia busca la verdad sin prejuicio, con toda sinceridad. Tal vez no llegará muy lejos en sus investigaciones intelectuales y dejará tan sólo de compartir los errores más groseros de sus contemporáneos. Aunque negativa, esta sabiduría no deja de tener su valor.

Pero es por el corazón más bien que por la inteligencia que se llega a ser un verdadero Francmasón. el adepto efectivo es, ante todo, un *hombre de buena voluntad y anhela el bien,* con toda la fuerza de su ser interno; la fuerza de la Francmasonería estriba precisamente en el *querer* colectivo de sus miembros; se reúnen para trabajar, y como nada se pierde en la esfera de las energías puestas en acción, toda Logia viene a ser un foco de transformación social y humanitaria.

No vayamos, sin embargo, a pedir a la inmensa mayoría de los Francmasones que razonen sus actos. Obran por instinto y de acuerdo a sus tradiciones algo oscuras, pero cuya influencia sugestiva perdura, sin embargo, a través de los siglos.

Además, existe una doctrina masónica sin fórmula explícita, que viene a ser para la Francmasonería lo que es el cristianismo para las iglesias cristianas: es el *Masonismo.*

Todas las críticas que dirigen a la Francmasonería sus adversarios –y con más severidad, si cabe, sus amigos- se refieren a nuestra institución tal como funciona, trabajando del mejor modo que sabe, sin que logre llegar a la realización perfecta de sus muy legítimos desideratas. Pero ni una objeción siquiera ha sido nunca presentada contra el Masonismo por quienes han llegado a comprenderlo. Bien al contrario, al Masonismo ha debido en todo tiempo la Francmasonería y debe aún hoy todavía sus reclutas de más valor.

Según opinión de los pensadores más eminentes, no hay filosofía superior a la que se desprende del simbolismo de la Francmasonería. Tiene la inestimable ventaja de no presentarse bajo el aspecto de sistema cerrado; su objeto en enseñar a cada uno las reglas comprobadas de toda sana construcción intelectual. El Francmasón aprende a construir el templo de sus convicciones personales, pero todo y construyéndolo con arreglo a su conveniencia particular y para sí mismo, observa las leyes de una arquitectura tradicional, gracias a la cual persiste la unidad en la construcción del gran santuario universal, edificado según el plano del Gran Arquitecto del Universo.

En resumen, el ideal iniciático no puede ser realizado colectivamente por una asociación numerosa de hombres, forzosamente incapaces de elevarse en su conjunto muy por encima del nivel de la medianía de la humanidad.

Que se esfuerce, pues, cada uno individualmente para matar en sí el profano y favorecer al mismo tiempo el nacimiento del Iniciado. Sobre todo no se apresure nadie en ser admitido Francmasón hasta que el Masonismo se haya revelado a sus meditaciones. Debe haberse hecho uno mismo Francmasón, por el propio esfuerzo y en su propio corazón, antes de querer llamar a la puerta del Templo.

El mayor escollo de las instituciones iniciáticas reside en la deficiente preparación de los candidatos, y sus fracasos son debidos en gran parte a una prematura asimilación de los elementos profanos sin que medie el debido contraste. Se hacen la ilusión de poder transformar en iniciado cualquier individuo; éste podrá muy bien no tener más defecto que su absoluta ignorancia de todo lo relativo a la Iniciación.

En el interés del buen reclutamiento de la Francmasonería es ya tiempo que se vaya ilustrando el público sobre las cuestiones iniciáticas, para llegar a comprender que ni la virtud de una ceremonia, ni la admisión en debida forma en una asociación cualquiera, pueden conferir la Iniciación.

El verdadero iniciado ha de iniciarse a sí mismo. Podrá tener quien le guíe, en verdad, pero tan sólo le valdrá la entrada en el sendero de la Verdadera Luz el esfuerzo que habrá realizado.

Exige la iniciación que aprendamos a adivinar. Demos pruebas, pues, de nuestra aptitud, adivinando cuando menos el significado general de la Iniciación. Y si no sabemos adivinar nada, bien inútil será querer participar de los misterios.

* * * * * * * * * * * *

CAPITULO XIV

LA INICIACIÓN FEMENINA

Con razón o sin ella, la Iniciación a los misterios de la Magna Obra no ha alcanzado hasta la fecha a la mujer. Si hubo en la antigüedad algunas iniciadas femeninas, es que los Misterios nacidos de religiones particulares perseguían una finalidad estrictamente religiosa: pretendían, en efecto, asegurar una bienaventurada inmortalidad a sus adeptos divinizados por sus ritos secretos.[1]

Empero los romanos como los griegos reconocieron a la mujer un alma tan digna del favor divino como la del hombre y no podían, por tanto, imponer la distinción de sexos en el aspecto puramente místico.

Pero los misterios clásicos, cuya herencia recogió el cristianismo, han repercutido muy lejanamente sobre las iniciaciones modernas. Lo que caracteriza estas últimas es su carácter *operativo*; se preocupan de nuestra labor en esta tierra y sus secretos se refieren a un arte de práctica muy difícil. Para el alquimista se trataba de operar sobre los metales, y para la Francmasonería de la construcción de edificios materiales. A pesar de todo, la metalurgia de los alquimistas les condujo a sutiles especulaciones sobre los poderes de la naturaleza y el labrado de las piedras les sugirió también transposiciones fecundas en el dominio humano y así se fue desarrollando el concepto de este inmenso trabajo humanitario que, es en nuestros días, el objeto de la Iniciación Masónica.

Lógicamente, este trabajo necesita indistintamente de la colaboración de todas las fuerzas humanas, tanto masculinas como femeninas; pero, por otro lado, la tradición está en desacuerdo con la lógica; los adeptos de la Alquimia eran todos varones y nunca ninguna mujer soñó entrar como aprendiz al lado de un maestro albañil. Al volverse exclusivamente especulativa, la Francmasonería moderna hubiera podido adaptar sus antiguos usos a su nuevo programa. No se preocupó de ello y quiso seguir, como antes, exclusivamente masculina por medida de prudencia y con razón, tanto como podemos apreciarlo.

Esta afirmación necesita ser explicada; en efecto, somos partidarios del masculinismo del pasado, pero convencidos que conviene estudiar cómo y de qué manera podemos asociarla realmente a la Magna Obra. Lo cierto es que no se la podía admitir de golpe y porrazo en una asociación compuesta de hombres solamente y organizada en base de este sexo únicamente. La Logia inglesa se constituyó tomando como modelo el *Club*; éste no corresponde poco ni mucho a la mujer, cuyo elemento verdadero es el *salón*. De tal manera que, para estar la mujer en su ambiente, sería preciso transformar las logias en salones o viceversa. No es cosa del todo imposible; incluso es deseable bajo muchos aspectos. Pero, prácticamente y hasta nueva orden, lo más prudente es que sigan las logias organizadas como lo son actualmente, dejando que algunos salones escogidos se transformen, si no en logias, por lo menos en focos de iniciación femenina.

Esta metamorfosis depende únicamente de la mujer; no tiene necesidad alguna de solicitar autorización de las autoridades masónicas para trabajar en su propia casa como iniciada o, para ser más modesta, como aspirante a la iniciación femenina.

Para que germine la idea es indispensable para la mujer conocer las bases de la Iniciación y, de acuerdo con este criterio, hemos procurado formularlas en esta misma publicación durante todo el año 1922. la mujer debe aspirar a la Iniciación, no por satisfacer la mezquina satisfacción de ingresar en una colectividad hasta ahora celosamente reservada a los hombres, sino porque siente en

---

[1] ver Alfred Loisy: *Les Mystères païens et le Mystère chrétien.* París, E. Nourry

ella la vocación para la Magna Obra humanitaria. Si sufre y se da cuenta de las miserias humanas, sólo le faltará descubrir el secreto de lo que podemos llamar la dinamización de los buenos sentimientos.

Ahí está el gran secreto de la Iniciación femenina, la palabra perdida que deben otra vez encontrar las mujeres a ejemplo de los Maestros Masones. A ellas corresponde el conquistar nuevamente un poder que su sexo supo ejercer en el pasado. ¿Acaso no fundó la mujer la civilización, llegando a domar el macho bruto y bárbaro? No dudaban de ello los estamperos de la Edad Media cuando representaban la *Fuerza* bajo la figura de una mujer que, sonriente, mantiene abierta las mandíbulas de un león furioso. Cuanto noble hizo la Caballería debe atribuirse a la influencia femenina. Y por lo que toca a esta cortesía que valió a Francia la conquista de la Europa culta del siglo XVIII ¿no fue acaso genuinamente femenina?

Por desgracia, un feminismo mal entendido incita a la mujer de hoy día a masculinizarse, como si se considerara inferior y sintiera la necesidad de subir hasta la masculinidad ¡Equivocación lamentable y también traición a la femineidad! La mujer difiere del hombre y rinde homenaje a su fuerza; en cuanto al hombre, si admira a la mujer es precisamente cuando se caracteriza como tal. Conscientemente o no, rinde homenaje a sus cualidades peculiares, incluso cuando brillan por su ausencia. En resumidas cuentas, el hombre quiere encontrar en la mujer dotes de complemento que a él precisamente le faltan.

Es inútil extendernos más sobre este asunto y basta reconocer que, según acabamos de ver, la iniciación femenina debe diferenciarse esencialmente de la masculina, en tanto que es Iniciación verdadera. Si se trata tan solo de esta iniciación meramente simbólica y convencional, cuyos ritos no han de traducirse en una transformación de nuestra vida, es del todo indiferente que hombres y mujeres queden sometidos a las mismas ceremonias ridículas. Los hombres que han tenido la idea de aplicar a las mujeres las pruebas de su ritual masculino, han probado *ipso ipso* que el simbolismo masónico era para ellos letra muerta: la Masonería mixta debía de nacer a la fuerza en esta época de ignorancia absoluta del significado del ceremonial masónico, que los masones más clarividentes consideran tan sólo como supervivencia de un pasado formalista e ignorante.

En nuestros tiempos se aprecia mejor el simbolismo profundo de los pensadores y comprendemos cuán absurdo es proponer a la mujer un programa iniciático cuya tendencia fuera el desarrollo de la masculinidad. Si la mujer ha de ser iniciada, debe serlo en los *misterios de la Femineidad.*

Pero surge aquí una dificultad considerable ¿Cuáles son estos misterios? ¿En dónde están formulados? ¿Cómo descubrirlos? Hasta ahora nadie ha contestado a estas preguntas ni tenemos precedentes en materia de iniciación femenina; es preciso buscar el camino en la ausencia de toda indicación que nos pudiera suministrar algún intento anterior. A lo más podemos recordar los errores cometidos, procurando evitarlos en lo sucesivo; se tendrá que proceder por tanteos, sin pretender que repentinamente surja la iniciación femenina, como salió Minerva de la cabeza de Júpiter.

De todos modos, podemos vislumbrar algunos principios fundamentales:

1. El propósito de la mujer debe ser influir más eficazmente sobre la humanidad en conjunto, sobre la marcha del progreso, esforzándose particularmente para infundir en las almas el espíritu de la verdadera civilización.

2. Debe volverse consciente de sus medios de acción particulares (Misterios de la Iniciación femenina).

3. Las mujeres deben adiestrarse en la influencia colectiva, teniendo por objetivo una labor de orden superior, sin limitarse a la influencia individual que desde tiempo vienen ejerciendo.

4. A las mujeres corresponde buscar el modo de asociación y cooperación más adecuado a su modo de ser.

5. Es conveniente, asimismo, que tengan sus secretos propios, secretos que confiarán tan sólo a los hombres que juzgarán dignos de conocerlos.

El problema interesa a todos nuestros lectores, tanto hombres como mujeres; que todos trabajen para encontrar la solución; por su parte, el Simbolismo pide a todos su fraternal colaboración.

* * * * * * * * * * * *

CAPITULO XV

LA INASEQUIBLE AMANTE

Un joven teósofo, por cierto bien impuesto de metafísica, ha tenido a bien someter a mi apreciación algunas páginas fruto de sus estudios en el Campo de Chalons, en donde estuvo movilizado en 1920. Titula su disertación: *Por qué busca el hombre la Verdad y cómo puede alcanzarla.* Empieza como sigue: El hombre quiere saber, quiere conocer. ¿Por qué? Porque *es,* porque *siendo* es en consecuencia procedente como función del *Ser.* El *Ser* es verdad y, por tanto, él es asimismo Verdad en su esencia y por este hecho solamente su norma es aspirar a la Verdad.

El autor piensa haber establecido de tal suerte la identidad del hombre con la Verdad, que anhela, como también la posibilidad de alcanzarla, puesto que tal es su norma. Considerando luego que procedemos de la Verdad, el joven dialéctico no vacila en decirnos lo que somos en realidad.

Puesto que desea conocer mis observaciones de viejo simbolista, me permitirá la contestación en el lenguaje que acostumbro usar. He perdido, en efecto, la costumbre de razonar sobre abstracciones y desconfío de los argumentos edificados sobre palabras.

Cierto día, conversando acerca de cuestiones religiosas y mitológicas con un sacerdote de mucha erudición, le dije humorísticamente: “Al fin y al cabo, en el dominio de lo desconocido, los poetas son quienes mejor aciertan”. A buen seguro, contestó el sacerdote, son los que menos se equivocan, pero, por desgracia, los teólogos son quienes menos aciertan.

Comprendí entonces que la culpa es de los creyentes cuando exigen precisiones del todo imposibles sobre el objeto de sus preocupaciones. Algunos conceptos permanecerán siempre lejanos, vagos e indeterminados para nuestro entendimiento; si intentamos examinarlos al microscopio a fin de precisarlos llegaremos tan solo a falsearlos y se puede muy bien decir que la teología toda es una empresa quimérica para demostrar lo indemostrable. El campo del razonamiento es muy limitado; es este pequeño círculo comprendido entre los dos puntales de nuestro compás intelectual.

En la totalidad de esta área nuestra visión es exacta y nuestras deducciones lógicas; pero no vayamos a razonar más allá de nuestra razón, que debe reconocer su impotencia cuando del infinito se trata. Lo que no tiene principio ni fin, ni lugar determinado, ni duración en el tiempo, ni calidad de ninguna especie, queda fuera del dominio de la razón y sobre este punto podemos callar únicamente. Debemos honrar por nuestro silencio lo que se impone a nosotros y permanece velado a nuestra comprensión. El primer acto del candidato al franquear el umbral del templo de la iluminación debe ser inclinarse humildemente delante del insondable misterio que nos rodea.

Esta lección ritualística nos convida racionalmente a limitar nuestras miras especulativas. El hombre quiere saber y muy saludable es esta curiosidad que le mueve a instruirse. Pero limitado como lo es, en sus medios de constatación, como en su potencia intelectual, bueno será que también se pregunte a sí mismo qué es lo que realmente necesita saber y que busque tan solo lo que podrá ver claramente con su inteligencia.

Seamos positivos al abordar este gran misterio de la Vida. ¿Es que verdaderamente necesitamos conocer la fuente de donde mana, como también la meta final hacia la cual nos dirigimos? Aceptamos la Vida tal como se nos presenta, satisfechos de constatar que nos impone una tarea. ¿No es acaso el principal trabajo de nuestra inteligencia hacernos plenamente conscientes de esta tarea?

Obreros de la Vida, esforcémonos en comprender lo que la Vida espera de nosotros y procuremos instruirnos para poder cumplir con perfección. Gracias a esta orientación seguiremos el camino recto sin ceder a los desvíos de una vana curiosidad. El sabio nunca se jacta de poder contestar a todo; sabe demasiado que su saber es muy poco en comparación de su ignorancia. Su luz abarca tan sólo un reducido espacio, pero es lo suficiente para que pueda salir airoso de su trabajo y no tiene más ambición.

Hay una verdad que el hombre puede buscar y alcanzar: es únicamente esta verdad cuya misión es orientarle en el sendero de la Vida. Es la Verdadera Luz, simbolizada por la Estrella flamígera. En cuanto a la Verdad que alcanza el hombre en virtud de su norma no puedo dejar de relacionarla con la escuadra (en latín *norma*). Junto con el compás, este instrumento decora el mandil del Maestro Masón, libre ya de la ilusión después de su estancia en la cámara del medio. A su modo de ver, el campo de su saber es el estrecho dominio de la relatividad, el ínfimo espacio que puede iluminar su razón. Discurrir sobre el misterio de las cosas es perder el tiempo. Más vale callar y buscar las certidumbres tan sólo en el campo de la acción.

Nada podemos saber de lo que conviene creer con relación a los enigmas que atormentan los humanos, pero cada uno de nosotros puede adivinar sin esfuerzo excesivo lo que de él exige la Vida y así una verdad se nos revela proporcionada a nuestra norma: es una verdad de orden moral que emana de las mismas leyes de la Vida.

Esta verdad nos obliga en primer lugar a *ganarnos la Vida* en el más alto sentido de esta corriente expresión. Cada día contraemos obligaciones con la Vida y debemos esforzarnos en cumplirlas honradamente, inspirándonos en esta rigurosa equidad cuyo emblema es la escuadra masónica. Debemos ser conscientes de nuestros deberes para con nuestros semejantes, compañeros de nuestra vida. Sus derechos y sus deberes son idénticos a los nuestros y nuestra actitud hacia ellos nos viene dictada, sin vacilaciones, por la escuadra, norma determinante de toda forma de vida normal.

Por tanto, dudaremos de las afirmaciones arriesgadas de los espíritus temerarios sobre las cosas imposibles de ser positivamente controladas; en cambio, en la vida práctica, podremos obrar con absoluta certidumbre: aquí la norma (escuadra) nos dicta la conducta a seguir con impecable precisión. Si sabemos conducirnos en la vida con absoluta seguridad, ¿qué más podemos desear? Todo lo demás pudiera muy bien resultar vanidad pura y nada más. Limitemos el dominio de nuestras investigaciones partiendo de lo que podemos comprobar objetivamente, sin pedir al razonamiento más de lo que puede dar de sí. La razón humana se equivoca al querer escalar el cielo. Es firme tan sólo en el plano terrenal y aún aquí tropieza a menudo.

El simbolismo filosófico nos enseña a no pagarnos con palabras y el valor que concede a nuestras concepciones es muy relativo; a su modo de ver no son más que las imágenes imperfectas de cuanto aspiramos a representarnos.

La Verdad nos atrae; la perseguimos sin tregua; pero para el simbolista la Verdad no es una palabra susceptible de entrar en una ecuación silogística. Es una virgen que huye eternamente, atrayendo con irresistible poder el pensador enamorado de la inasequible diosa.

Así lo cantan los poetas, y si bien es verdad que, lo mismo que los filósofos, no llegan tampoco a estrechar en sus brazos a la Verdad, cuando menos les queda el júbilo de recoger de vez en cuando la enternecida sonrisa de la eterna fugitiva.

* * * * * * * * * * * * *

CAPITULO XVI

MASCULINIDAD Y FEMINEIDAD

Doña Gina Lombroso, hija y colaboradora del célebre antropólogo, nos ha remitido un estudio sobre el *Alma de la Mujer* que ayuda a comprender la ley del binario a la que aluden las dos columnas Jakin y Bohaz, levantadas a la izquierda y a la derecha del templo de Salomón.

Los Francmasones atribuyen suma importancia a esta dualidad, imagen de los extremos abstractos o subjetivos entre los cuales se desenvuelve la realidad concreta y objetiva. Los Masones que han penetrado el significado de los misterios dividen lo que es *uno* para poder discernir y comprobar; pero estas distinciones indispensables a nuestra función mental no deben ser motivo de ilusiones. Las abstracciones, hijas de nuestra mente, marcan los límites de lo real, del mismo modo que las columnas de Hércules pretendían marcar los límites del mundo conocido.

Cuando hablamos de activo, de pasivo, de espíritu y de materia, de bien y de mal, debemos tener buen cuidado de no objetivar nuestros conceptos más allá de la realidad. Todo cuanto existe es necesariamente mediano y mixto, a la vez activo y pasivo, espíritu y materia, bien y mal.

A la luz de estos principios, tan familiares a los iniciados, podemos aplicar las distinciones teóricas de doña Gina Lombroso en el terreno de una sana aplicación a la práctica. Cuando nos representamos las características de la masculinidad por un lado, y de la femineidad por el otro, bueno es recordar que no los encontramos realizados en ser alguno humano. Podemos concebir la humanidad como situada entre dos polos inaccesibles, la masculinidad pura y la femineidad.

Esta polarización masculina y femenina repercute en los individuos y vemos según los casos, predominar una u otra, con el bien entendido, que la mayor masculinidad realizada lleva consigo siempre algo de femineidad, de igual manera que la femineidad queda también modificada por ciertas influencias masculinas. Tanto los hombres como las mujeres llevamos un atavismo masculino y femenino a la vez, de tal manera, que desde el punto de vista psíquico, somos en realidad andróginos con predominio masculino o femenino.

De no ser así, resultaría imposible la vida; las exageraciones de la masculinidad o de la femineidad harían del todo imposible la armonía, la buena inteligencia y la fusión entre los seres. Insensible y brutal, el hombre tiranizaría a la mujer sin miramientos hasta que lograra ella feminizarle. Esta feminización es, por otra parte, fatal en virtud de lo que llaman los ocultistas *choque de rechazo.* El hipnotizador que se alaba de su poder pretendiendo que el *sujeto* es su *cosa*, no se da cuenta que a su vez ha pasado en parte en poder de su instrumento pasivo.

A toda influencia puesta en juego corresponde una contrainfluencia recibida y esta constatación entra de lleno en las aplicaciones de la ley del binario iniciático. Por la virtud de su sumisión y de su dulzura, la mujer obtiene predominio sobre el hombre y le impone la civilización. Hechicera por instinto, ha sabido adivinar que su fuerza estriba precisamente en su resignación en el dolor como en el artificio y, como nada se pierde, el triunfo de la mujer queda asegurado en el dominio espiritual, gracias a las virtudes operativas de la femineidad. ¿No se dijo acaso que su pie aplastaría algún día la cabeza de la serpiente, o sea, el egoísmo del macho?

No es ésta precisamente la tesis de doña Gina Lombroso; establece una comparación entre el hombre, egocentrista, y la mujer, alterocentrista. El significado de estas palabras nos da a entender que la mujer busca por centro de sus deseos y de su ambición, no su misma persona, sino otra distinta que ama o de quien anhela el amor: marido, hijos, padre, amigo.

El hombre, al contrario, hace de sí mismo, de sus intereses, de sus placeres, de sus ocupaciones, el centro del mundo en donde vive. Este doble punto de partida de masculinidad y femineidad se refleja en los individuos de uno y otro sexo y de ahí que convenga en la práctica imponer ciertos temperamentos a la distinción, teóricamente muy acertada, de doña Gina Lombroso.

En el hombre predomina el ardor sulfuroso de los alquimistas; es un centro de acción autónomo cuya organización responde perfectamente a la conquista del mundo externo. Dominado por lo que apetece, por lo que considera deseable, se lanza a la realización de sus aspiraciones sin consideraciones de ninguna clase para él mismo como para los demás. Tanto la debilidad como la sensibilidad le inspiran tan sólo desprecio, por ser por naturaleza rudo, grosero y hasta cierto punto salvaje.

Por fortuna el hombre es sociable y siente la necesidad de unir sus esfuerzos a los de sus semejantes, lo que explica sus tendencias a la disciplina, la inclinación que siente para los grupos y las colectividades organizadas.

Añadiremos que el hombre razona y da presa a la argumentación; le interesan las abstracciones; fácilmente llega a considerarlas como reales, de tal manera que muy a menudo es juguete de sus concepciones quiméricas.

¿Y la mujer? En lugar de obrar por impulso propio, sus determinaciones son casi siempre consecuencia de las influencias externas y su tónica es recibir todo lo que viene del exterior. Su naturaleza atrae el influjo penetrante del mercurio de los Herméticos; los materiales que va acumulando no proceden de su fuero propio; son como quien dice prestados y de ahí el altruismo femenino, diametralmente opuesto al egoísmo masculino. Este último procede de la convicción de pertenecerse a sí mismo, sentimiento que la mujer rechaza por naturaleza. Esta quiere siempre entregarse y es feliz cuando el hombre la posee.

Pero aquí interviene la ley del Binario, en virtud de la cual no puede uno dar sin recibir, en medida estrictamente equivalente, ni recibir sin venir obligado a la restitución en una forma u otra. La mujer, al abandonarse con abnegación, atrae por lo tanto de un modo irresistible. La atracción puede muy bien no ser inmediata y corre el riesgo de no producir los efectos soñados por la interesada, pero nada se pierde, en la esfera de los sentimientos como en el dominio material; esto nos explica la influencia innegable de la mujer en todas las épocas.

Hecha la mujer no para ejercer el mando ni para conquistar la tierra, sino para fundar un hogar y reproducir la especie, sus preocupaciones son opuestas a las del hombre. Se esfuerza en ser agradable, en cautivar por la dulzura, buscando en resumidas cuentas, el amor de los otros a fin de poder amar. La maternidad es el eje normal de su existencia; por instinto rodea al hombre de seducciones, a fin de atraerle y de conseguir la familia indispensable a su ternura.

En razón de su función de madre, la mujer limita su cariño al estrecho círculo de los suyos. No es sociable en tan alto grado como el hombre: el sentimiento de franco compañerismo, tan natural entre los varones, no cuadra bien con la sensibilidad femenina.

Menos sensitivo, el hombre es de temperamento pacífico y soporta con indulgencias los pequeños defectos de sus compañeros de lucha y de trabajo. Siente la fraternidad y se complace en desempeñar su papel de comparsa en este concierto de mutua admiración que caracteriza las agrupaciones masculinas. No sucede lo mismo con la mujer. Temiendo en todas una rival, guarda una actitud defensiva con las personas de su sexo y las observa sin gran benevolencia, pronta a recoger y aún a amplificar la menor impresión desagradable. En esto no hace más que obedecer los impulsos de una organización más refinada.

Sintiendo y adivinando muchas cosas que no afectan la sensibilidad más grosera del hombre, se alarma también con más facilidad. Poco dispuesta a seguir punto por punto las demostraciones lógicas, o le vengan con la elaboración lenta y metódica del pensamiento: éste le viene a la mente como formulado de antemano. El cerebro femenino funciona a la inversa del cerebro masculino. No supone esto inferioridad intelectual para unos ni otros, y la intelectualidad femenina produce resultados tan dignos de admiración como los más notables que tiene a su activo la intelectualidad masculina.

La masculinidad y la femineidad mentales se combinan en dosis muy variables en los individuos de ambos sexos. Muy pocas son las mujeres cuyo cerebro es estrictamente femenino, y también, por fortuna, los hombres distan mucho de pensar únicamente según la tendencia de su sexo. La intelectualidad más equilibrada será, desde luego, la que participará en proporciones armoniosas, del razonamiento masculino y de la intuición femenina.

Sin embargo, las especializaciones, hasta las más exageradas, tienen su utilidad cuando se completan y producen la afinidad entre los contrarios, fuente eterna de fusión en todos los dominios entre la masculinidad y la femineidad.

No queda más, por ahora, que sacar de lo que antecede la moraleja relativa a la Iniciación femenina.

El Alma de la Mujer nos ayudará a resolver este problema.

Después de leer este libro parece producente renunciar al ensueño de una Masonería femenina, con sus secretos propios y completamente desinteresada de la cooperación masculina.[1]

El hombre puede prescindir de la mujer para las empresas propias de su sexo. No quiere admitirla en un lugar que, a su juicio, no le corresponde, y en esto tiene razón. La mujer, por el contrario, no quiere prescindir del hombre, puesto que tan sólo por él vive. Las mujeres no se sienten atraídas unas hacia otras y no aspiran poco ni mucho a juntarse, en vista de ejercer sobre el mundo en su conjunto una influencia colectiva transformadora. Comprenden perfectamente que su esfera de acción debe limitarse a estos seres humanos que tienen a su alrededor. Tienen el poder de formar el alma de estos seres.

Hechiceras inconscientes van amasando las almas y operan unas invisibles metamorfosis de innegable realidad. De un bruto hacen un civilizado, de un guerrero sanguinario un héroe animado de los más nobles sentimientos caballerescos. La acción de la mujer se manifiesta en el mundo a través del hombre. Para ella el hombre lo es todo; sobre él concentra sus potencias todas, y si el hombre es grande lo debe a la mujer.

Entonces ¿qué podemos hacer para la mujer aún siendo Iniciados? Enseñarlo lo que sabemos y luego dejarla y que obre siguiendo los dictados de su naturaleza. En el pasado cupo encontrar el camino para llegar al corazón del hombre y bajo su influencia el hombre amoldó su conducta al ideal femenino.

La mujer de hoy día vale tanto como sus hermanas de antaño y a buen seguro le seremos deudores de esta regeneración que anhelan los pueblos hastiados de masculinismo exagerado.

* * * * * * * * * * * *

[1] Ver el *Symbolisme*, de abril de 1923, página 85, “Iniciación femenina”.

CAPITULO XVII

LA SABIDURÍA INICIÁTICA

El edificio espiritual de la Francmasonería descansa sobre tres columnas simbólicas llamadas: *Sabiduría, Fuerza y Belleza.*

La tradición nos enseña que la Sabiduría *concibe* lo que se ha de construir. Ordena el caos de los proyectos confusos y se representa con claridad la obra, tal como tiene que ser realizada. Su misión es crear en espíritu y determinar las formas materiales destinadas a la realización objetiva.

Una vez terminado este modelo invisible, viene la Fuerza y ejecuta. Es la fiel servidora de la idea que manda y dirige. Nada se construye ciegamente; las energías activas se aplican a la obra concebida y ya realizada en el plano mental. De no ser así, el obrero se agitaría inútilmente, sus esfuerzos serían estériles y aún creyendo construir, quedaría expuesto a tan sólo acumular montones informes de materiales mal desbastados y mal ajustados. Para construir hábilmente, es del todo indispensable que la Fuerza obedezca dócilmente las instrucciones de la Sabiduría.

No basta tampoco que quede bien coordinada, sólida y práctica; debe también resultar agradable y le ha de poner remate la Belleza, encargada de *adornarla.* Lo bello resulta sagrado y nadie se atreve a atacarlo sin reconocerse culpable de un sacrilegio.

Por lo tanto, los antiguos Masones *operativos* fueron muy bien inspirados en la elección de los términos de su trinidad constructora: *Sabiduría, Fuerza y Belleza.* La simbolizaba el triángulo equilateral, figura geométrica distinta del Nivel. Este instrumento afecta muy variadas formas, que muy bien pueden no tener nada de triangular. Además, es el emblema del 2º oficial de la Logia que toma asiento al lado de la columna J.'., representativa de la *Fuerza*, mientras el 3er. oficial, adornado de la Perpendicular, tiene su sitio al lado de la columna B.'., que simboliza la *Belleza.*en cuanto a la *Sabiduría,* es el atributo del Maestro de la Logia, quien preside desde Oriente, frente a las dos columnas levantadas a la derecha y a la izquierda de la entrada del templo.

Esta disposición coloca la Sabiduría en el centro mismo de la región de donde dimana la luz. Recibe esta luz del Sol (Razón) y de la Luna (Imaginación) y entre los dos se levanta el trono del rey Salomón, en el que toma asiento el Maestro de la Logia. Si este oficial ostenta la Escuadra, cuya forma es la del Gimel, tercera letra del alfabeto primitivo, es por la razón de que los dos lados de este instrumento marcan la conciliación entre la horizontal y la vertical o, en otros términos, entre el Nivel y la Perpendicular.

El representante de la Sabiduría debe tener en cuenta las oposiciones entre J.'. y B.'., entre el Sol y la Luna. Su deber es razonar con implacable rigor, sin rechazar lo que pueden sugerir las crecidas consideradas como percepciones del alma. La Razón, iluminada en el más alto sentido de la palabra, le conduce de tal suerte a la Fe de los Sabios o a la pura Gnosis de los Iniciados.

El carácter más notable de esta Sabiduría es la humildad. Quien está llamado a dirigir a los demás en sus trabajos, no puede figurarse que todo lo sabe ni pensar que ha venido a ser conocedor de los misterios, en virtud de un proceso sobrenatural y por el mero hecho de su calidad de instructor. Las pruebas que ha debido sufrir han desvanecido en él toda ilusión; comprende la insensatez del esfuerzo humano, aplicado únicamente a edificar una torre intelectual con el fin de juntar el cielo y la tierra, y no puede consentir en ser el arquitecto de semejante edificio.

Quiere obrar en el plano de este mundo, tomando por punto de partida lo poco que podemos conocer con certeza y evidencia, saca tan sólo conclusiones prudenciales que tachan de timoratas quienes ambicionan las síntesis arriesgadas, con el fin de dar contestación a todas las preguntas.

El verdadero sabio no puede hacer más que contestar: "No sé más" cuando el filósofo entusiasmado de su sistema hace gala de sutiles explicaciones. El Iniciado, en lugar de aturdir por su charla seductora, medita e invita a los demás a hacer lo propio.

En lugar de hablar sin consideración, está siempre dispuesto a escuchar y cuando escucha, procura comprender y discernir lo que hay de verdadero, en medio de cuanto arrastra el lenguaje humano, a modo de pepitas de oro perdidas en el limo de un río. Este oro disperso es el tesoro de la Sabiduría oculta de las naciones y corresponde al cuerpo de Osiris, cuyos miembros diseminados recoge Isis. Los Masones reconocen en ello el cadáver de Hiram, que deben descubrir y animar otra vez.

¿Pero a qué puede aludir este misterioso organismo despedazado, si no es a la suma del saber humano, difundido a través de las generaciones de todas las épocas y de todos los sitios en donde el hombre ha trabajado? La Sabiduría humana no puede ser el privilegio de un individuo, de una raza ni de siglo alguno; pertenece a todos los pueblos, desde los más primitivos hasta los que hacen alarde, no por cierto sin presunción, de una cultura muchas veces demasiado estrecha en razón al desprecio en que tiene las nociones del pasado. Por más que no tengan en la actualidad circulación, las verdades olvidadas, desfiguradas o desconocidas, no dejan de conservar íntegro su valor; la obra intelectual de la Iniciación consiste justamente en discernirlas y en dar a conocer este valor.

Así es como la Sabiduría del Iniciado se limita, sin duda con mucho acierto, al dominio humano. No pretende resolver todos los enigmas y enseña, al contrario, a saber ignorar humildemente muchas cosas. Sobre todo lo que al otro mundo se refiere permanece muda y no emite fallo alguno respecto a las hipótesis que se puedan emitir. Su preocupación es la herencia espiritual del pasado y quiere recogerla. Los hombres pueden equivocarse individualmente y aún de un modo relativo; mientras obran de buena fe nunca pueden caer en el error absoluto y siempre hay en sus convicciones algo verdadero. ¿Pero no será justicia atribuir al Espíritu humano que sugiere todas las meditaciones, el primer puesto entre los pensadores? ¿No es él acaso, el Gran Instructor en cuya escuela aprendieron todos los verdaderos sabios?

Estos, en efecto, se han beneficiado con la revelación constante y natural que inspiró a los pensadores de todas las razas, desde el primer momento en que existió una humanidad pensadora. Por genial que pueda ser un pensador, nunca ha podido crear *ex nihilo* lo que a su mente acude; en materia intelectual, más quizás que en cualquier otro aspecto, nada se crea ni nada se pierde; se produce tan sólo una nueva manifestación de lo que preexistía oculto y volverá a subsistir en su primitivo estado, cuando abandone el escenario en el teatro de las apariencias.

El pensamiento elevado es patrimonio común de todos los que meditan, de tal suerte que pensar es esforzarnos instintivamente para entrar en comunión con los maestros, tanto actuales como desaparecidos del arte del pensamiento. Es imposible reflexionar con perseverancia sin entrar, por este mero hecho, en la cadena de una misteriosa tradición; el pasado piensa entonces con nosotros e Hiram resucita.

De no ser así ¿cómo sería posible proseguir la Magna Obra del progreso humano, portándonos como dignos sucesores de quienes pensaron, sufrieron y trabajaron antes de nosotros? Es indispensable que renazca el pasado, que sea venerado, comprendido y profundizado, para que el Templo del porvenir pueda ser edificado de acuerdo con su finalidad.

Por consiguiente, el Iniciado no debe limitarse a recoger con benevolencia las opiniones divergentes que se expresan a su alrededor; sabe también escuchar otras voces que no pueden oír las multitudes atolondradas: las cosas mismas le hablan y se muestra sensible a la muda elocuencia de los monumentos y restos arqueológicos del pasado y, sobre todo, a la de las tumbas.

Nada ha muerto de todo lo que tuvo vida. Las épocas lejanas, las civilizaciones desaparecidas dejan sus huellas y puede percibirlas quien posee el poder de las evocaciones meditativas. Existe una magia innegable que da vida otra vez a los conocimientos que parecen muertos y nos permite encontrar otra vez la *Palabra perdida.*

¡Pero no se figure que vamos a recibir la *Palabra* por milagro! La realidad no surgirá por virtud de las ceremonias puestas en práctica por significativas que puedan ser; el símbolo es tan sólo promesa, programa que hay que llevar a ejecución y no realización ni prodigio realizado. Si fuese suficiente ser levantados ritualmente para que resucitara Hiram en nosotros, la Sabiduría iniciática podría adquirirse con relativa facilidad.

Sin embargo, podemos adquirirla sin que sea indispensable elevarnos trascendentalmente más allá del nivel mediano de una humanidad bien ponderada y verdaderamente honrada.

El candidato a la Sabiduría empezará por renunciar con propósito deliberado a toda indiscreta curiosidad. Pedirá la luz en la medida necesaria a sus trabajos. Si aplica esta regla con discernimiento, no correrá el peligro de perderse en este ingente fárrago de especulaciones huecas y sin fundamentos en las que permanecen absortos muchos espíritus incapaces de resistir a esta fascinación. La vida es corta, demasiado corta si reflexionamos cuán largo y difícil es el arte de vivir. Sepamos, pues, limitarnos con prudencia y no vayamos a ambicionar lo que está fuera de nuestro alcance.

La verdad que podemos abarcar es la que cabe entre las dos piernas de nuestro compás. Permaneciendo en nuestra esfera procuremos en este dominio reducido ver claramente y obrar como sabios. Lo que importa son nuestros *actos* y no las teorías en las que podemos complacernos.

Hagamos el propósito de obrar bien y la *Verdadera Luz* nos será dada en la medida necesaria para poder trabajar útilmente. Como es del todo imposible saberlo todo, sepamos contentarnos con poco, pero profundicemos y aprendamos bien.

El Sabio cuando es modesto, lejos de aspirar a la omnisciencia aprende a ignorar lo que muchos pretenden saber. Aplica su inteligencia a la ejecución de la tarea que le incumbe en la Magna Obra. Poco importa que su alcance sea muy reducido con tal que sepa responde a lo que de él se espera. Cada uno de nosotros abarca tan sólo una ínfima porción del inmenso plano de conjunto del Gran Arquitecto del Universo. Trabajar de acuerdo con las instrucciones recibidas es lo suficiente. Y no puede existir Sabiduría alguna que supere a la que nos inspira el cumplimiento de nuestro destino.

Tengamos el ferviente deseo de llenar fielmente el cometido de nuestra función vital y busquemos ver claro, pues es indispensable para nuestros fines. Podemos tener la seguridad de encontrar esta luz, la *verdadera*, la que inspirará nuestros actos sin temor a que nos equivoquemos, gracias a la veracidad de nuestro sacrificio en aras del bien de todos.

Sabio es el que quiere lo que la sabiduría nos aconseja al decirnos: "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad", fórmula legada por la alta sabiduría iniciática. Quiera Dios que sepan comprender bien todo su alcance, los Constructores llamados a construir lo que *quiere ser edificado,* en nosotros como fuera de nosotros.

* * * * * * * * * * * *

CAPITULO XVIII

LA FUERZA REALIZADORA

Los términos de tri-unidad constructiva: *Sabiduría, Fuerza y Belleza* van indisolublemente unidos; por más sabias que fuesen las concepciones, quedarían vanas si la Fuerza no se empleara a las órdenes de la Sabiduría a fin de realizarlas; sin la Belleza que, armonizadas, las hace agradables, puesto que unas obras toscamente ejecutadas no merecerían ser duraderas.

Subordinada a la Sabiduría, la Fuerza obedece dócilmente y consigue al mismo tiempo complacer a la Belleza, de quien está enamorada. Si es así, el trabajo se hará según las reglas del *Arte* y honrará por igual al Obrero y al Arquitecto.

¿Pero cuál es esta fuerza de que hablamos aquí? ¿Es que vamos a asimilarla a la de los músculos puestos al servicio del cerebro? Resultaría, en tal caso, muy difícil explicar entonces la influencia de la Belleza. No debemos, por lo tanto, limitarnos a la analogía fisiológica. Por *Fuerza* los Iniciados entienden todo cuanto es activo y realizador, todo cuando produce efecto de la misma manera que llaman *Sabiduría* lo que concibe a dar forma o bien crear en el mundo de las ideas. En cuanto a la *Belleza*, le atribuyen este encanto inspirador del sentimiento y la conciben como madre del Amor que debe regir el mundo. Es reconocer en definitiva en el hombre, el microcosmos, reflejo del universo, el macrocosmos, tres factores que podemos muy bien llamar:

INTELIGENCIA ENERGÍA AFECTO

La distinción profana entre *Fuerza* y *Materia* no puede satisfacer al Obrero: quien al reflexionar se niega a separar en el mundo concreto al agente por el cual se da cuenta de que él mismo es el objeto de su trabajo y constituye la piedra que hay que desbastar y labrar.

Examinados separadamente, los términos de Fuerza y Materia son tan sólo meras abstracciones, las quimeras de un materialismo superficial sin profundidad alguna de pensamiento. En la realidad de las cosas, la materia es un efecto de la Fuerza y la prueba es que, al cesar la fuerza en su acción, la materia que debería ser indestructible se desvanece para volver a la nada. La fuerza es, por lo tanto, la creadora de lo que llamamos materia y no debemos perder de vista esta noción, si queremos comprender bien todo el alcance de la palabra *Fuerza,* asociada a las de Sabiduría y de Belleza.

Todo cuanto existe es energía; pero esta energía puede jerarquizarse, según sus aplicaciones, según sea más o menos reducido su objetivo. En el átomo mineral todo se reduce a la conservación del equilibrio dinámico constitutivo; tenemos aquí estricta autonomía en la estrechez de un torbellino ínfimo segregado del funcionamiento general del Universo. La fuerza atómica obra de tal suerte mecánicamente, sin que se preocupe la Sabiduría ni se interese la Belleza. Esta independencia desaparece en la célula orgánica incorporada en un conjunto del que no puede separarse sin perecer. Ya no existe por sí ni para sí. Aquí intervienen la sabiduría para construir y conservar el organismo como también la Belleza hacia la cual tiende todo lo organizado.

Además, las energías, tanto vegetales como animales, quedan pasivamente subordinadas a la Sabiduría y a la Belleza que rigen cada especie en particular. [1] Todo individuo se desarrolla, según la ley a la que queda sometido con la fatalidad de un autómata.

---

[1] Los Pieles rojas atribuyen a cada especie animal un manitú particular, bajo cuya influencia se desarrolla y se dirige en la vida. El éxito de la caza depende del manitú de la especie, y el cazador debe saber captarse sus favores.

No puede desobedecer esta ley como lo hace el ser cuando, consciente de sí mismo, determina cada vez más su modo de obrar, a medida que se eleva por encima de la animalidad.

Cuando esta evolución ha llegado a suficiente nivel, el hombre tiene derecho a decir que ha *nacido* libre y a pretender a la Iniciación. Esta le enseña a conquistar plenamente su hominalidad, o sea, el estado de discernimiento que permite al individuo emplear deliberadamente su *Fuerza* al servicio de la *Sabiduría* para realizar un ideal de *Belleza.*

Aquí se nos presenta el tradicional enigma de la Esfinge que invita al hombre a resolver el misterio de su propia naturaleza. Individuos humanos transitorios. ¿De dónde *venimos*? ¿Qué somos? ¿A dónde vamos? ¿Pero no podría ser la *humanidad* en su conjunto, y a través de su permanencia, esta ciudad tan misteriosa como real de la que emanamos para individualizarnos y a cuyo seno tenemos que volver una vez terminada nuestra tarea material? Este pequeño hombre que nace, se agita y por fin muere, procede del gran Hombre invisible que perdura y renace a través de sucesivas generaciones. La teoría del *Adán inmortal* parcialmente encarnado nada tiene de absurdo y se impone al positivismo, decidido a proseguir la realidad más allá de lo que cae directamente bajo los sentidos.

Acostumbrémonos, pues, a reintegrarnos a esta Unidad humanitaria, procuremos sentirnos solidarios de la inmensa cadena de nuestros semejantes, que abarca a todos cuantos sufrieron como hombres en el pasado, trabajan con nosotros en el presente y lucharán después de nosotros en el porvenir, ansiosos de realizar un mismo ideal. El ser humano para haber conquistado verdaderamente la hominalidad debe tener, si no la conciencia absoluta, cuando menos el sentimiento de esta santa solidaridad unitiva. Es preciso vibrar bajo esta influencia para poder, en Masonería, pasar de la *Perpendicular* al *Nivel* o, en otros términos, del Grado de *Aprendiz* al de *Compañero.*

En efecto, el *Aprendiz,* trabajándose a sí mismo, desbastando la Piedra bruta y esforzándose para tomar integralmente posesión de sí mismo, practica el egoísmo de la caridad bien ordenada que empieza por uno mismo. Esta labor es tan sólo de preparación del individuo, en vista de hacerle apto a este trabajo de conjunto que espera a los *compañeros.* El Aprendiz no tiene que salir de su propia esfera; allí desarrolla lo que posee en su fuero interno, sus facultades, su energía, su valor y su voluntad; por esta razón recibe su salario al lado de una columna ardiente cuyo nombre significa: *Establece, funda.*

El Compañero, en cambio, va a recibirlo cerca de una columna blanca cuyo nombre se traduce por: *"en él la Fuerza".* Pertenece, por lo tanto, al iniciado del 2º Grado conquistar una potencia que no reside en él mismo, a fin de participar de tal suerte a la Magna Obra de los Francmasones. El Aprendiez se asimila a la *Sabiduría* que debe determinar su conducta individual; el Compañero conquista la *Fuerza* que caracteriza la acción colectiva; y por fin, el Maestro se hace sensible a la *Belleza*, objetivo supremo del Arte.

¿Y cuál es esta *Fuerza externa a sí mismo* que debe captar el Compañero de su mano izquierda levantada para concentrarla en su corazón, sino el *fuego del Cielo* que fue a robar Prometeo? Se trata de un dinamismo psíquico semejante al que representa la electricidad en el dominio físico. Pero no hay que abusar de la analogía ni del símil mitológico. No hay que temer que un celoso Júpiter nos castigue si vamos a buscar en las alturas espirituales las fuerzas necesarias para la ejecución del plan, según el cual se construye el mundo. Si nos preocuparan tan sólo mezquinas ambiciones se nos podría negar este derecho y nuestro gesto de llamada quedaría sin respuesta; mientras el corazón no se haya vuelto atractivo nada puede producirse.

El hombre celeste responde al hombre terrenal tan sólo en la medida de receptividad de este último y precisamente todas las purificaciones del grado de Aprendiz tienden a ponerle en este estado de receptividad. Así que estamos en estado de recibir se nos da y la fuerza así recibida nos consagra *Compañeros.*

Como tales llegamos a realizar con la mayor naturalidad verdaderas maravillas, sin pensar siquiera en darnos cuenta de este proceso; parece que las cosas vienen por sí solas y, sin embargo, sin nuestra ayuda muchos resultados dejarían de producirse. Todo andaría mucho peor en el mundo a no ser por la energía que emplean en querer el bien los hombres que en su corazón rinden culto a la Humanidad. Esta especie de conspiración mental llega a hacer fracasar, a frustrar incluso los más temibles complots de la codicia, de las pasiones egoístas, del más ciego fanatismo y de la ignorancia bajo todas sus formas. Si todas las catástrofes no llegan a ser evitadas, es porque desgraciadamente se imponen como terribles lecciones completamente indispensables. Cultivando mejor la Sabiduría y procurando vibrar de un vehemente deseo del bien general, dejaremos de ser impotentes, pues podremos disponer de esta *Fuerza* a la que rindieron homenaje los estamperos del siglo XIII que dibujaron el Tarot.

Su oncena composición simbólica representa una mujer agraciada que, sonriente, domina un león furioso y mantiene abiertas sus mandíbulas. Es la personificación de la *Fuerza Suprema*, tal como la concibió la Edad Media. Ahora bien: la mujer que domina, tranquila y apacible es el Alma, mientras el animal rugiente representa la vehemencia de las *pasiones,* la impetuosidad de los apetitos, los instintos, el furor de energías salutíferas todas mientras no salgan de ciertos límites. De tal suerte que no se trata de matar al león, siguiendo el ejemplo de Hércules, héroe incompletamente iniciado. Su antecesor, el caldeo Gilgamés, demostró ser más sabio: se apodera de la fiera y la estrecha viva contra su corazón, indicando de esta manera que el sabio no destruye nada y prefiere asimilarse las energías que se ve obligado a combatir.

Todo va enlazado, todo procede de una misma fuente, todo es por lo tanto, sagrado. El mal es el resultado de nuestros errores, pero la Sabiduría tiene la posibilidad de poner otra vez las cosas en su lugar. El Aprendiz comete infinidad de equivocaciones y no siempre sabe evitarlas el Compañero; el Arte es dificilísimo y no se puede alcanzar la perfección de buenas a primeras. Sin embargo, el Maestro utiliza el trabajo de todos y la obra se prosigue para perfeccionarse indefinidamente.

Es, de todos modos, indispensable que una fuerza coordinadora se imponga sin violencia, pero irresistiblemente y como por efecto de un mágico encanto; así sucede que todo organismo queda dominado por un poder misterioso que sabe emplear en beneficio de todos el egoísmo de las células que constituyen el conjunto. Estas no tienen conciencia de su función, que llenan automáticamente y como obedeciendo a una sugestión irresistible. La necesidad hace concebir la función, y una vez concebida ésta ideoplásticamente, viene la creación del órgano material.

Nada puede formarse sin *pre-vocación,* es decir, sin vocación previa. Todo cuanto existe responde a una llamada en vista de una finalidad determinada. Según los Caldeos, los destinos de los seres quedan determinados antes de que salgan del reino de las sombras por el tribunal de Anounnaki, espíritus de las aguas tenebrosas, cuyas sentencias se dictan en la Cámara del Medio del Aralu, prisión de los muertos.[2]

Pero no basta que sea concebida una función, para que el órgano indispensable en su cumplimiento se produzca *"ipso facto".* La *Sabiduría que concibe* quedaría estéril sin la *Fuerza que ejecuta.* Esta última realiza en acto el ideal hasta ahora en potencia, para emplear el formulismo acostumbrado

---

[2] Ver el Poema de Isthar. "Colección del Simbolismo"

por los Hermetistas. La Fuerza realizadora se confunde también con el Poder creador, cuyo ejercicio está confiado a los Obreros del Gran Arquitecto del Universo.

El Iniciado debe, pues, considerarse como un agente divino y no creerse limitado a los solos recursos dinámicos que puede encontrar en sí mismo; su propio fuego interno no resulta suficiente para llevar a feliz término su tarea desinteresada. Al gastarlo generosamente, este ardor se agota en perjuicio evidente del sujeto; éste languidece y llega a punto de fallecer, cuando se siente reanimado por un calor externo que, paulatinamente, invade todo su ser y le devuelve íntegra su potencia de acción. Alquimia y Masonería, aunque utilicen símbolos diferentes, concuerdan en materia iniciática: las operaciones de la Magna Obra corresponden a las pruebas del ritual masónico. [3]

Después de sufrir la purificación por el fuego, el Aprendiz asciende a Compañero. El fuego interno diabólico ha atravesado su prisión corporal, que abandona para unirse al fuego externo celeste. En este momento se produce en el corazón del adepto un atractivo vacío; su mano derecha se crispa sobre su pecho, mientras la izquierda dirige un llamamiento a las energías que quiere recuperar. Su gesto es elocuente y equivale a la más ardiente plegaria; no dejará de ser atendida, si la actitud es verdadera y traduce unas disposiciones mentales adecuadas y sinceras.

Por desgracia, no todos los *Compañeros* saben acercarse en espíritu y en verdad a la columna B.'. Hay malos obreros que matan al maestro Hiram; pero la Tradición es imperecedera y nada puede perderse de lo que es digno de perdurar.

La obra, por lo tanto, se prosigue en medio de perturbaciones y de angustiosas peripecias, sin que lleguen a descorazonarse y a paralizarse los que a ella se consagran con toda su alma, porque estos valientes benefician de la gran cadena de Unión dinámica, formada por todos cuantos, muertos o vivos, vibran de un amor ferviente para la Humanidad.

En resumen, la Iniciación nos enseña a amar, no de una manera egoísta como sucede en el mundo profano, sino con una anegación verdadera y eficiente. Depuremos nuestros sentimientos; amemos para amar y no para ser amados. Que nuestra alma rebose de generosidad si aspiramos a consagrarnos a la Magna Obra; para poder participar eficazmente es indispensable purificar nuestro metal y hacer que adquiera ductibilidad, a fin de aprovechar bien la corriente de la *Fuerza realizadora.*

El buen Obrero y perfecto Compañero dispone para su trabajo de una energía que no es tan sólo la suya propia. Después de modificar su naturaleza por las purificaciones sufridas, ha podido acercarse a la Columna, cuyo contacto confiere la Fuerza.

Por desgracia, las iniciaciones ceremoniales no pasan de los ritos externos, y no son más que míseras afectaciones cuando nada les corresponde internamente. ¿Cuánto tiempo tardaremos en comprender el valor de los símbolos y su significado respecto a la vida?

Ojalá se vaya gradualmente ensanchando el reducido círculo de los verdaderos Iniciados, para que la Fuerza misteriosa, acumulada por estos agentes de buena voluntad, tenga por fin intervención en los asuntos de la humanidad y nos encamine hacia nuestro ideal masónico: el Templo universal de paz y de armonía.

* * * * * * * * * * * *

---

[3] Ver el *Simbolismo hermético* y sus relaciones en la Alquimia y Francmasonería.

CAPITULO XIX

LA DIVINA BELLEZA

¿Quién sugirió a los Francmasones la idea de las tres columnas espirituales sobre las que descansa todo su edificio? Muy difícil es tener sobre el particular indicaciones bien exactas. Lo cierto es que las más antiguas compilaciones de cantos masónicos, consagran estrofas a la *Sabiduría,* a la *Fuerza* y a la *Belleza.*

Se ha emitido la idea que esta tríada pudiera muy bien ser fruto del *Arbol de los Sephiroth,* sobre cuyas ramas florecen Sabiduría (C'hohmah), Belleza (Tipheret) y también Fuerza (Geburah, cuyo significado exacto es Severidad o Rigor). Por otra parte, no se ve la necesidad de suponerle fatalmente esta procedencia, teniendo en cuenta que los constructores han podido muy bien concebir ellos mismos su trinidad operante, con sólo distinguir el *pensamiento* del *acto* y éste, a su vez, del *sentimiento* al que va unido.

Para construir, es de toda necesidad saber lo que queremos edificar y, por tanto, fijar definitivamente en nuestro espíritu la imagen del futuro edificio, y tal es la labor de la *Sabiduría.* Luego se trata de construir materialmente valiéndonos de la *Fuerza* que ejecuta, sin olvidarnos tampoco de la *Belleza,* sin la cual el oficio no puede alcanzar la categoría de arte.

Lo que justamente caracteriza al artista es el anhelo que siente hacia lo bello. De no ser enamorado de la Belleza, no pasa de ser un simple chapucero preocupado de la ganancia, cuando no un esclavo que trabaja a pesar suyo, hostigado por el látigo de la inexorable necesidad.

Ahora bien: para el Iniciado, para el sabio que ha llegado a la Comprensión (Gnosis), *trabajar* es sinónimo de *vivir.* Vivimos para llenar una función y, por tanto, para trabajar. El trabajo es la ley fundamental de nuestra existencia y siendo así el *Arte de vivir* del que la Iniciación nos enseña, a la vez, la teoría y la práctica, descansa sobre esta base primordial de aceptar con alegría este esfuerzo que la Vida sabe imponer, sin blanduras, a los agentes recalcitrantes de su Magna Obra. Si aprendemos a comprender la Obra la amaremos por su grandiosidad, por su nobleza y su belleza.

Consagrados a ella por amor, el trabajo, en lugar de ser penoso nos proporcionará un placer intenso bien superior a todas las satisfacciones ordinarias. El artista amante de su arte se deleita en su práctica, incluso –y sobre todo- si es a costa de algunas horas de sufrimiento. El verdadero placer estriba en vencer las dificultades y nuestra felicidad está en relación directa de nuestros sufrimientos. La Vida no puede darnos más que lo que podemos recibir; si no nos hacemos asequibles al más precioso de sus dones, entonces trata a cada cual según sus méritos, condenándonos a la esclavitud de la limitación hasta que seamos dignos de la libertad.

Esta es la recompensa del ser que ha comprendido la ley de la vida y se conforma a la misma de propósito liberado.

Si queremos vivir, tomemos la resolución de trabajar, no a modo de presidiarios, sino como seres libres, amantes del trabajo y orgullosos de ser así. Es, por otra parte, muy difícil querer el trabajo en sí y practicarlo a modo de deporte, porque en este caso pudiera muy bien suceder que el entusiasmo no fuese duradero. Si consentimos en esforzarnos y en continuar con ahínco, es que el resultado nos parece digno de admiración. Tan sólo la belleza de la obra emprendida puede hacernos amar la ímproba labor que consentimos en hacer.

Un ideal abstracto, una visión del espíritu, un ensueño del porvenir, estimula nuestra actividad de la manera más noble y nos libera en absoluto del yugo que la Vida impone a sus esclavos. Sin la Belleza que nos fascina y hace placentera nuestra tarea, vivimos tan sólo para vivir cual míseros mercenarios indiferentes a la Magna Obra, objeto verdadero de la Vida.

Los pueblos antiguos adoraban una diosas suprema que dispensaba la vida y personificaba la Belleza. Para los Caldeos fue Isthar, divinidad que luego volvemos a encontrar bajo diferentes nombres en Siria, en Grecia, en Cartago y en España. La Edad Media la hizo renacer inconscientemente en la Virgen María, a quien fueron dedicadas las catedrales. Esta Reina del Cielo de la Espiritualidad reina en el alma de los artistas enamorados de la Belleza. Es la inspiradora de la *Religión de lo Bello*, que parece satisfacer las aspiraciones de los espíritus religiosos en su orientación hacia el porvenir.

Pretender estar en posesión de la Verdad, formularla en dogmas imperativos que se imponen a la fe, todo esto corresponde a un régimen pasado de moda. La ciencia moderna nos enseña a ser modestos, dándonos a comprender cuán poco sabemos en su mismo campo, el de los hechos concretos; con más razón si cabe, conviene darnos cuenta exacta de nuestra pequeñez frente a lo que escapa a nuestras percepciones. La razón humana, más juiciosa gracias a la reflexión, prefiere confesar su impotencia antes que aceptar lo que no está demostrado y, tratándose de lo desconocido se niega a afirmar, dejando de tal suerte campo abierto a todas las suposiciones

No puede ser cuestión de imponer en modo alguno limitaciones a los derechos de la imaginación de quien tiene, desde luego, dispensadas todas las osadías cuando sus esfuerzos tienden a descifrar el profundo enigma de la Esfinge.

Pero hay que renunciar a las ilusiones del pasado: la clave del gran enigma se nos escapa: quienes se jactan de poseerla por divina revelación, están en desacuerdo con los espíritus ilustrados de nuestros tiempos. No es que se niegue lo divino; es que no lo concebimos de una manera tan infantil como los que se propusieron, por cierto con temeridad, satisfacer la indiscreta curiosidad de las ignaras muchedumbres.

Buscamos la verdad y la perseguimos siempre sin pensar nunca en el privilegio de poseerla y de deslindarla. Bien sabemos que la Isis reveladora de las supremas verdades, no puede aparecer sin velo. Si perseguimos un ideal de concordia humanitaria, tengamos cuidado de no preconizar una solución uniforme para los eternos problemas metafísicos que dividen entre ellos tanto a los creyentes como a los pensadores. No puede haber acuerdo tratándose de imponer como *Verdad* tal o cual opinión.

No sucede lo mismo cuando de la Belleza se trata. Todos los hombres no tienen a la verdad el mismo concepto de la estética, pero la armonía realizada impresiona mucho más que los argumentos. Nada más universal que el prestigio de la Belleza. El mismo materialista, cuya perspectiva última es el aniquilamiento total y definitivo de su personalidad, rige su conducta en la vida guiado por el sentimiento de lo Bello. Toda acción fea le inspira verdadero horror, a tal punto, que llega a cuidar de su limpieza moral con más celo que el mismo creyente que cree disfrutar por anticipado de las celestiales felicidades, a pesar de los temores que le inspiran las torturas de ultratumba.

¿Cuál es la verdadera religión? ¿No es, acaso, superior la del artista que adora la Belleza a la del pobre mojigato aterrorizado por unas quimeras? Nadie puede dudar de la Belleza que en todo se realiza y que todos podemos realizar en nosotros mismos. No depende de nosotros en absoluto ser felices en esta vida o llevar a cabo grandes empresas; pero el más afligido de los humanos puede vivir con belleza y, si permanece fiel al culto de lo Bello, la muerte no puede aparecerle más que

como suprema apoteosis. Nos hacemos divinos si sabemos amar lo bello al punto de identificarnos con la Belleza.

Constructor de un mundo mejor, el Francmasón para realizar su ideal individual y social se apoya sobre las tres columnas simbólicas: *Sabiduría, Fuerza y Belleza.*

Para conquistar la *luz* que le hará capaz de trabajar bien, se esfuerza ante todo por concebir bien y ver justo. Iluminado por la Sabiduría puede empezar la obra y asimilarse una misteriosa energía que no reside en él mismo. Esta misteriosa pero efectiva fuerza, ignorada del profano, es la que inspira al artista cuando realiza la Belleza.

Ahora bien: lo bello no puede realizarse por medio de fórmulas asimiladas por nuestra inteligencia; para traducirlo fielmente, es preciso sentir, y para sentir es preciso amar.

El buen Constructor se inspira por tanto en el Amor, único poder iniciático efectivo. Quien ama profundamente se afina, merece ser amado y atrae irresistiblemente a las tres Hermanas que le hacen sabio, fuerte y sensible a la suprema armonía.

Seamos artistas cada cual en su esfera. Procuremos corregir la fealdad en todas nuestras acciones y, antes que todo, en nosotros mismos. Así realizaremos el Ideal Iniciático y nuestra conducta será la de Iniciados discretos, pero verdaderos.

* * * * * * * * * * * *